

**Universidad Andina Simón Bolívar  
Sede Ecuador**

**Área de Letras**

**Estudios de la Cultura  
Mención en Políticas Culturales**

**La memoria como escenario:  
la cárcel y el movimiento insurgente Alfaro Vive Carajo**

**Jimmy Herrera**

**2005**

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Jimmy Herrera  
Quito, 26 de septiembre de 2005

**Universidad Andina Simón Bolívar  
Sede Ecuador**

**Área de Letras**

**Estudios de la Cultura  
Mención en Políticas Culturales**

**La memoria como escenario:  
la cárcel y el movimiento insurgente Alfaro Vive Carajo**

**Tutor: Fernando Balseca**

**Jimmy Herrera**

**Quito, Ecuador  
2005**

## Resumen

El presente ensayo es un trabajo de la memoria social sobre el movimiento Alfaro Vive Carajo (AVC) que trascendió durante la década de los 80 en la escena política nacional a partir de acciones armadas poco o nada usuales.

El documento reflexiona sobre el olvido intencionado que se ha hecho, tanto desde la historiografía como desde el estudio de la política del país, respecto a este actor social. Al recordarlo, se contextualiza el panorama de las insurgencias en América Latina y el Ecuador, lo que deja ver su protagonismo e incidencia en el presente, ya que el AVC construyó una identidad que se irradia en diversos escenarios, incluso en el de sus oponentes más visibles, como el del Partido Social Cristiano, pues fue durante el gobierno de León Febres Cordero, su máximo líder hasta hoy, que se instauró una política de terror desde el Estado para controlar a la oposición, a nombre de “combatir a la subversión”. Este aspecto, influyó en lo que posteriormente sería la emergencia indígena en el Ecuador, específicamente, porque aquel escenario canalizó un ambiente social dispuesto al diálogo entre la sociedad civil y el Estado.

La transición que vivió el país durante la década de los 80 hace del AVC un actor político que incidió en el protagonismo de los movimientos sociales con un interés democrático, antes que de lucha de clases, como el movimiento de mujeres, de derechos humanos e indígena. No se trata de un antecedente cronológico que evolucionó de una forma a otra, sino de un referente que de manera paralela y desde diferentes políticas se cruzaron.

El ensayo además introduce reflexiones relacionadas a la manera de narrar la memoria colectiva, ya que hace del testimonio la voz del documento, es decir, resalta la subjetividad de quien relata, no sólo por la proximidad con la experiencia referida, sino también por su agenda política implícita. Es una voz que camina en los trayectos paralelos de la ficción que transforma en lenguaje aspectos, cualidades y valores de la realidad que la ciencia describe, argumenta y demuestra.

Por otro lado, el hablar del pasado se lo hace desde la cárcel, porque fue allí donde se develaron, en parte, las identidades *clandestinas* de los “subversivos”. La cárcel interpeló de

forma imperativa y esto permitió poner al descubierto la manera de actuar de la organización clandestina, sobre todo, de ciertos liderazgos que se configuraron y dieron a conocer sus mejores *performatividades*.

Trabajo de la memoria colectiva que deja abierto la articulación de otras voces.

***Dedicatoria***

*A mis hijos Inti Camilo, María Emilia y Tamia*

*A Nilka, la mamá de los guaguas*

***Mis agradecimientos:***

*A Fernando Balseca, tutor de esta tesis*

*A los profesores de la maestría: Guillermo Bustos, Roque Espinosa, Catherine Walsh, Adolfo Albán, Alejandro Moreano, Julio Ramos, Julia Paley, Gabriela Alemán, Alicia Ortega, Hernán Reyes, Patricio Noboa, Víctor Manuel Rodríguez y Zulma Palermo*

*A la Universidad Andina Simón Bolívar por apoyarme con la beca*

*A mis compañeros y compañeras de la maestría por acompañar estas disquisiciones*

*A Blanca Muratorio y Carlos de la Torre, por dejarme participar de sus clases en la  
FLACSO*

*A mis compañeros y compañeras de la alfarada por su colaboración para indagar  
sobre el pasado que compartimos*

*A mis padres y hermanos por su respaldo constante*

## Contenidos

<b>Introducción</b>	8
<b>Capítulo 1</b>	20
<i>Contexto r</i>	
Las guerrillas latinoamericanas, entre el marxismo y la democracia	20
<i>Contexto rr</i>	
La guerrilla en el Ecuador, del ocultamiento a la presencia pública	27
<i>Contexto rrr</i>	
El AVC en la transición de los movimientos sociales	33
<b>Capítulo 2</b>	41
<i>La marca del terror perdura</i>	41
El olvido del AVC, encubrimiento de un nuevo trauma	41
Genealogía del trauma 1	43
Genealogía del trauma 2	47
Genealogía del trauma 3	54
Otras resonancias del trauma	55
La violencia asechante	57
<b>Capítulo 3</b>	60
<i>Identidades secretas que se delatan</i>	60
La imagen del comandante: decisión, denuncia y nada de lágrimas	66
La voz del estratega: de la lucha callejera a la guerrilla	70
La voz popular, paternalista y endeble	73
La voz reflexiva	77
Victimizados e idealizados	80
<b>Ciertas referencias cronológicas sobre el AVC</b>	84
<b>Conclusiones</b>	87
<b>Bibliografía</b>	93

## Introducción

El movimiento Alfaro Vive Carajo (AVC) apareció públicamente en el Ecuador anunciándose en las paredes de Quito, con la consigna “1983: año del pueblo. Democracia en armas. Alfaro Vive Carajo”, hecho ocurrido el 20 de enero de 1983. Aquellas “pintas”,<sup>1</sup> acompañadas con la imagen de un fusil, se repitieron durante la semana siguiente en Guayaquil, Cuenca y Esmeraldas. Desde entonces, el país vivió en la esfera pública la presencia de un nuevo protagonista que trascendió en la escena política nacional a partir de acciones armadas poco o nada usuales, como fueron la sustracción de las espadas de los generales liberales Eloy Alfaro y Pedro José Montero del Museo de Guayaquil, ruedas de prensa clandestinas, tomas de periódicos, repartición de alimentos, asaltos a entidades bancarias, secuestros a empresarios, sustracción de cientos de armas y municiones de la Policía Nacional, la construcción de un largo túnel para la fuga de sus dirigentes, campañas de propaganda de lucha armada, entre otras; ninguna acción trascendió en el ámbito rural.<sup>2</sup> La presencia del movimiento duró hasta febrero de 1991, cuando depuso su accionar al concertar “la entrega de armas”.

Pertenecí a esta *organización política militar* (OPM),<sup>3</sup> que funcionó desde la clandestinidad convocando a la unidad de los demócratas del Ecuador para enfrentar a la oligarquía. Fui parte de aquel contingente, de aproximadamente unos 300 hombres y mujeres, dispuesto a impulsar por la vía armada una revolución nacionalista, de soberanía territorial, independencia económica, justicia social, integración

---

<sup>1</sup> Término con el que se denominó a los grafiti entre los miembros del AVC, usado igualmente dentro de las organizaciones de izquierda.

<sup>2</sup> Aunque el AVC llegó a constituir la columna guerrillera Luis Vargas Torres, conformada por poco más de 20 de sus militantes, a finales de 1985, ésta no llegó a actuar en territorio ecuatoriano, porque se limitó a una etapa de formación en Colombia, siendo parte del Batallón América, propuesta militar del M-19 de la que participó también el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru de Perú. Los miembros de la columna retornaron al Ecuador para asumir los requerimientos de una organización en proceso de desarticulación consecuencia de los golpes recibidos durante 1986, lo que impidió que el AVC se desarrollara en la zona rural esmeraldeña, como lo tenía previsto y anunciado para finales de 1986.

<sup>3</sup> Denominación del carácter armado de un proyecto político. AVC se reconocía como una OPM.



latinoamericana y democracia, haciendo del caudillo del liberalismo radical, el Viejo Luchador Eloy Alfaro, un paradigma de voluntad política y dignidad humana. Si bien mi participación en un proyecto de estas características explica, en buena parte, el interés por tratar el tema, por otra, hay un vacío al respecto porque la presencia del AVC no ha concitado el estudio de las ciencias sociales ni de la literatura.<sup>4</sup>

Sin embargo, tal *ignorancia* hace *sospechar* de aquella no visibilización de un actor social que tuvo cierta trascendencia y, sin embargo, desde la historia y el conocimiento sobre la política en el país, se lo omite. Este aspecto será tratado en el presente trabajo a partir de un acercamiento a los contextos en los que irrumpió el AVC, planteando algunas pautas que permitan entender su incidencia en el presente, aunque el movimiento se haya practicado el *haraquiri* en 1991, pues una vez que dejó la lucha armada, ante las dificultades para conformarse como un nuevo partido político decidió, de manera consensuada, que la militancia se diluyera en el camino más conveniente.

El AVC fue el referente más conocido de la insurgencia en el Ecuador, lo que no quiere decir que haya sido el único proyecto armado en el país. Tal aseveración se sostiene, incluso, en el hecho de que uno de los tres gobiernos que combatieron a la subversión durante su mandato, el de León Febres Cordero, está *marcado* por sus políticas represivas y arbitrarias con las que enfrentó al movimiento. Así, cada vez que se quiere recordar el estilo prepotente del sector político vinculado al líder histórico del Partido Social Cristiano (PSP), que gobernó durante el periodo 1984–

---

<sup>4</sup> Prácticamente, hay un solo texto publicado que ha estudiado la insurgencia del AVC, escrito por Juan Terán. Otras tres publicaciones corresponden a los testimonios de Arturo Jarrín, Marco Flores y Ramiro Celi, los dos primeros dirigentes del movimiento, el último ex militante. Darío Villamizar compila una serie de entrevistas de quienes protagonizaron proyectos insurgentes en el Ecuador desde la década de los 60 hasta los 90, e incluye en su trabajo a varios líderes del AVC. Edgar Frías, quien también fue uno de los líderes, publica algunos de los manifiestos del AVC e incluye tres entrevistas sobre el secuestro al banquero Nahím Isaías, hecho ocurrido en agosto de 1985. Otras cosas que se han escrito sobre el AVC, básicamente insertas en la prensa, a manera de opinión. Una editorial de Quito realizó una extensa investigación con la cual se escribió un borrador de un ensayo al respecto, pero no se llegó a publicar.

1988, se le antepone el *sello* del terror de Estado que implantó a nombre de combatir a la “subversión” del AVC.

Para muestra un botón: el 13 de octubre de 2003 el juez décimo de lo Penal de Pichincha cerró la etapa sumarial del juicio en contra del Estado ecuatoriano por la supuesta ejecución extrajudicial de Arturo Jarrín Jarrín, máximo dirigente de AVC, ocurrida el 26 de octubre de 1986. El proceso se inició en 1996 y, según opiniones de Miguel Jarrín, hermano del líder guerrillero, no aportó con ninguna de las pruebas de descargo.<sup>5</sup> El diputado socialista Víctor Granda, quien llevaba la causa, denunció que el principal implicado en este proceso era el expresidente y actual diputado de la bancada socialcristiana, el ingeniero León Febres Cordero, y que la acción del juez obedecía a la afinidad que tenía con el PSC.<sup>6</sup> La reacción del aludido no se hizo esperar: criticó de cobarde a Granda y comentó en noticieros de la televisión que intentaba revivir al grupo terrorista Alfaro Vive. Consecuentemente, se impidió que la denuncia se formalizara en el Congreso Nacional, tanto por la oposición del bloque de legisladores del PSC, como por la detonación de gases lacrimógenos en la sala parlamentaria: actos que “hablan” del estilo con que se trató el tema, o, mejor dicho, la manera en que se lo silenció. Pascual del Cioppo, entonces presidente nacional del PSC, interpretó lo sucedido de la siguiente manera: “Habría constituido un funesto precedente que el Congreso dedique una sesión extraordinaria para que se repitan afirmaciones falsas que se han venido haciendo durante los últimos diecisiete años en relación a la lucha antiterrorista”.<sup>7</sup>

Si se hace una lectura breve de esta coyuntura, bien se puede deducir que el tema implica: crímenes, arbitrariedades, arrogancias, intimidaciones, engaños,

---

<sup>5</sup> *El Comercio*, 17 de octubre de 2003, página A2.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *El Comercio*, 24 de octubre de 2003, página A4, en *Correo de lectores*.

impunidades, aspectos que conectan con el estilo con el que gobernó León Febres Cordero. Y lo recordó el historiador Juan J. Paz y Miño Cepeda: “Un estilo de gobierno autoritario, que empleaba la fuerza para imponer sus políticas económicas, sociales, su visión del mundo, etc. (...). El gobierno comenzó a combatirlos (a los miembros de AVC) con una radicalidad impresionante, a sangre y fuego, donde no estaba excluida la tortura, la desaparición de personas (...) persecución a la prensa que podemos recordar porque así era”. De esta manera lo reseñó mientras fue entrevistado en la radio Visión por el periodista Diego Oquendo, quien hizo eco de la denuncia en contra de la impunidad por el caso de Arturo Jarrín, planteando, desde los micrófonos, acercarse a la historia y contextualizar lo que los ecuatorianos vivieron durante la presidencia del líder socialcristiano; Oquendo lo justificó en su programa de opinión: “con un afán netamente histórico”.<sup>8</sup>

Sin embargo, la entrevista fue más allá y tanto el historiador como el periodista ampliaron el tema contando sus experiencias que los hizo víctimas, consecuencia de la política del mencionado gobierno. Juan J. Paz y Miño se refirió a la intimidación que sufrió a causa de sus investigaciones en el campo de los sectores sociales, y Oquendo contó la presión que tuvo de los auditores públicos que fiscalizaron permanentemente la radio que gerencia. El impacto del público radioescucha fue también revelador, muchas llamadas telefónicas felicitaron al programa radial por su posición esclarecedora.

Cada cierto tiempo suenan las voces de una historia silenciada. Voces que recuerdan un pasado poco entendido, pero que evidencian un presente con profundas contradicciones entre quienes gobiernan y los gobernados. Haber recordado a la

---

<sup>8</sup> Entrevista en el programa “Buenos días” de radio Visión, 23 de octubre de 2003.

insurgencia del AVC bien pudo significar la necesidad de tensionar las relaciones de los diferentes sectores sociales, enfrentados en la palestra de la opinión.

Pero la trascendencia del AVC no se limita a aquellos escenarios de la política; su relato se mantiene dentro de una narración muchas veces *clandestina*, voces que aparecen en las conversaciones de amigos, nostalgias de ex militantes de izquierda, alarde de políticos de derecha, búsquedas de los jóvenes,<sup>9</sup> dolor de los parientes, especulaciones de los medios de comunicación,<sup>10</sup> en fin.

Voces de los dejados de lado, de quienes se sabe en versión del estigma que representan a la sociedad. Voces latentes que se filtran y palpitan con la intensidad de la ficción, que se engrandecen e impactan con la cautividad del orador, que se inquietan y suscitan con la imaginación del espectador. Son voces en las que vence la interpretación, antes que la explicación, parafraseando a Ricoeur. Pues *la pretensión de verdad* camina en trayectos paralelos: la ficción que transforma en lenguaje aspectos, cualidades y valores de la realidad que la ciencia describe, argumenta y demuestra. Ambas narraciones esclarecen y crean el carácter temporal y finito en torno a la experiencia humana (1995).

Las historias que se cuentan del AVC pertenecen, sobre todo, a una narración metafórica.

Un profesor de la Universidad Central del Ecuador solía recordar con sus alumnos, cómo fue interceptado sorpresivamente por uno de los de Alfaro Vive

---

<sup>9</sup> Actualmente están en realización algunos documentales sobre el AVC, entre ellos se destaca el proyecto de Isabel Dávalos, que ganó una mención en el II Festival Iberoamericano de Cine “Cero Latitud” 2004. A mediados de 2004, recorrió el país una muestra de fotografías gigantes dentro de la campaña “¿Quién jodió al país?”, realizada por el grupo *Ruptura de los 25*, una de las imágenes correspondió a Arturo Jarrín asesinado. En febrero de 2005 se realizó una charla sobre el AVC en el II Festival de Comunicación de la FACSO/UCE.

<sup>10</sup> En noviembre de 2004 se presentó en la serie “Los HP”, un programa de crónicas que produce Ecuavisa, la historia de una organización clandestina de jóvenes izquierdosos que cometían ciertas acciones rebeldes reivindicando a Eloy Alfaro, y que tenían como símbolo a su espada. Una alegoría de AVC, que toma el mito sobre el paradero de las espadas del Viejo Luchador y del general Montero, ya que, una vez sustraídas por AVC del Museo de Guayaquil en junio de 1983, no aparecieron más.

mientras se dirigía en su jeep por una de las calles principales de Sangolquí,<sup>11</sup> este “subversivo” le había apuntado con su metralleta obligándolo a parquear, y una vez estacionado el vehículo, un rafagazo de proyectiles le habría destrozado los vidrios, por suerte no lo hirió gracias a una rápida reacción que lo había lanzado sobre el asiento. Su historia concluía con la descripción minuciosa de cómo otros “subversivos” asaltaban la entidad bancaria más próxima.

La única *recuperación económica*<sup>12</sup> que la alfarada hizo en Sangolquí no registró esa versión, que hubiera funcionado muy bien dentro de las crónicas de los periódicos que cubrieron la noticia. Tampoco fue mencionada en el informe policial, ni en las “declaraciones” del proceso judicial de los detenidos.<sup>13</sup> Los protagonistas, actualmente, no la consideran en absoluto.

También hay varias anécdotas de ficción, sobre gente que nunca participó con el AVC y que, sin embargo, han contado cómo actuaron en “operativos” reivindicados por el AVC. La audacia, la admiración o el afán protagónico, los ha hecho actores o actrices de aquello.

La memoria es muy flexible, construirla no sólo implica sostener la credibilidad a base de la demostración y explicación que permita argumentar el sentido que toman los hechos referidos, sino, también, considera los usos que tiene, los intereses que protege, los olvidos que se generan, las intenciones que encubre. Elizabeth Jelin habla de memorias, en plural, porque no hay una sola interpretación del pasado en una sociedad, y entre ellas se disputan el sentido de la verdad, de la realidad como fue y quiere ser entendida (2002, 17-33). Es más, mientras los

---

<sup>11</sup> Poblado en el Valle de los Chillos, a 15 kilómetros al sur oriente de Quito.

<sup>12</sup> Algunas de las acciones, como la sustracción del busto de Eloy Alfaro, los asaltos a las entidades bancarias, entre otras, tuvieron el carácter de una *recuperación*. Es decir, a los bienes los reclamamos como nuestros.

<sup>13</sup> Proceso sumarial de lo implicados en los asaltos al Banco del Pichincha y Caja de Crédito Agrícola Ganadero, ocurrido en Sangolquí el 7 de marzo de 1986.

protagonistas del pasado referido están vivos, la memoria no deja de reconstruirse en función del presente, porque el *aquí y ahora* busca distanciarse y diferenciarse del *allá y antes*.

El juicio que sigue la familia Jarrín en contra del Estado ecuatoriano, referido en párrafos anteriores, argumenta *ahora* la exigencia a la no impunidad en contra de quienes estuvieron involucrados en crímenes de lesa humanidad, apelando a la institucionalidad democrática y a cierta voluntad coyuntural de las fuerzas políticas, por afectar la incidencia del PSC en las cortes.<sup>14</sup> Diferente al *antes*, cuando se asesinó a Arturo Jarrín y la familia no sólo confrontó la versión oficial con la que se justificó la muerte, sino que demandó el esclarecimiento del crimen ante las autoridades, petición que no tuvo mayor eco por el temor que opacó cualquier intento de investigación sobre los hechos, quedando el tema en la impunidad.

Este ensayo no está fuera de aquellas disputas de sentido que se hacen sobre el AVC, porque es un trabajo de la memoria. Por un lado, interpela el silencio oficial de la historia y los estudios sociales; por otro, interpreta algunas voces que se han expresado al respecto; y, además, delinea cierta identidad en torno al AVC.

Trabajar con la memoria colectiva implica tratar, desde el presente, con el conocimiento que las diversas disciplinas han producido sobre el pasado de las sociedades. Pero también, este tipo de trabajo se vale de las distintas formas de registrar aquellas *versiones* sobre la experiencia humana, lo que implica, además, que cada una plantea a su manera los contenidos, como el periodismo, el testimonio, el ensayo, la etnografía o el relato oral, por citar algunas, pues la memoria no escatima en las expresiones que hablan del ayer. Incluso la geografía ha funcionado como una

---

<sup>14</sup> Seis meses después de que el diputado socialista Víctor Granda intentara convocar a una sesión extraordinaria para demandar el esclarecimiento del asesinato de Arturo Jarrín, una nueva mayoría parlamentaria, aliada al gobierno, que incluyó a la bancada socialista, cambió todas las dignidades de la Corte Suprema de Justicia, justificándose en acabar con un poder judicial parcializado a los intereses socialcristianos, y eligió una nueva corte vinculada a la alianza gobiernista.

especie de ficha nemotécnica de referencia para sostener sus relatos, como sucede con el pueblo nasa, en Colombia, quienes recuerdan y recrean sus mitos en presencia de su territorio sagrado. Las quebradas, los ríos, las montañas toman protagonismo para contar sus orígenes, la de sus líderes y conocer sus legados y normas sociales, pues provienen de la voz de la naturaleza (Rappaport, 2000). El tiempo toma sentido a partir de sus representaciones, las tantas posibilidades de la palabra.

El trabajo de la memoria colectiva, entonces, admite una variedad de expresiones que hay que saberlas percibir e interpretar, y reconoce que la subjetividad atraviesa a todo texto, pues corresponde a una versión de quien indaga. En este sentido, la presente investigación no se limita en sus fuentes, recurre a notas de prensa, entrevistas, cartas personales, historiografía, anécdotas, documentos de circulación clandestina, entre otras, que permiten responder qué tipo de identidades confluyeron en torno al AVC, pues, lo que se recuerda y el cómo se recuerda incide en las identidades, en aquello que hace pertenecer y permanecer en un colectivo. “La memoria y el olvido constituyen ejes fundamentales en la construcción de las identidades, tanto moldeándolas y/o resignificándolas” (Del Pino, 2003, 89). Este ensayo tampoco se limita, en la forma de escribir, pues incide en él la voz del testimonio, en definitiva, la del relato.

Apelar al testimonio plantea una vieja disputa sobre la veracidad de lo narrado. La discusión ya la sostuvo David Stoll sobre el relato de Rigoberta Menchú,<sup>15</sup> cuestionando la credibilidad de los hechos que la premio Nobel de la Paz cuenta sobre la muerte de su hermano, consecuencia de la cruel represión sistemática que el pueblo guatemalteco vivió durante décadas. Stoll comprueba que Menchú no podía estar en la escena del crimen de su hermano y desacredita su versión de los

---

<sup>15</sup> Con respecto al testimonio *Me llamo Rigoberta Menchú*, escrito por Elizabeth Burgos, en 1983.

hechos. Aquello no es más que el eco del límite que se pone cierta historiografía para no escuchar el sentido que está en disputa. Un primer informe de la Remhi (Recuperación de la Memoria Histórica) habló de 52 mil muertos y desaparecidos civiles en Guatemala durante el conflicto de ese país hasta 1995.<sup>16</sup> La denuncia y la voluntad política que emerge de la voz de Rigoberta representan una protesta valiente en contra de la impunidad de los genocidas, que se mantiene hasta en la actualidad, en ese país centroamericano, y son parte del convulsionado escenario de América Latina en los 80, cuando el testimonio irrumpió como una nueva escritura, sin parámetros claros para la literatura y la historia, pero con muchas posibilidades expresivas, tanto de la condición de los iletrados, como de los olvidados, o de los *letrados solidarios* que se involucran en su escritura.<sup>17</sup>

En todo caso, el testimonio no deja de recrear el sentido de lo que se cuenta como verdad, y su fuerza, su “autoridad”, deviene de la cercanía con los hechos, de la proximidad con la experiencia (Beverly 2002, 10). Su referencia imprime una pauta, por eso, en este texto tiene una presencia importante, porque también plantea una toma de posición con respecto al lenguaje, como reflejo de una época y su resonancia en la expresión de hoy. Ha sido el testimonio, sobre todo como proximidad al hecho antes que género literario, el que legitima la credibilidad del discurso actual. Incluso en el arte cinematográfico se lo incorpora con el lenguaje del documental, aspecto que, en el mundo occidental contemporáneo, incide como emergencia ante la amenaza de una *memoria archivística*, mediatizada, efímera, sin contextos, sin raíces, que diluye una noción de pertenencia como grupo social (Nora 1996; en Jelin 2002, 9).

---

<sup>16</sup> Fuente: informe *Guatemala: nunca más*, elaborado por la Remhi (Recuperación de la Memoria Histórica), y hecho público en 1998. Referido en el reportaje de Francisco Goldman, *El asesinato alcanza al Obispo*. En *Letras Libres*. No.9, México, 1999.

<sup>17</sup> En la mayoría de los testimonios, la voz del enunciado, de quien relata, corresponde a un iletrado porque su relato se mantiene en la oralidad de los acontecimientos, mientras que quien escribe y produce el texto, la enunciación, representa la condición del letrado. Este *intermediario* entre el enunciado y la enunciación recibe la categorización de *letrado solidario* para Hugo Achugar.



En tal ámbito, este ensayo se diferencia de una etnografía y de un texto periodístico –específicamente del periodismo literario, que destaca la inmersión del periodista y la necesaria presencia del tiempo, que se refleja tanto en la investigación como en la extensión del texto–. Con respecto a la etnografía difiere porque no parte de una intencionalidad de estudio para compenetrar en el modo de vida de una comunidad, sino que prevalece el haber sido parte de un movimiento, en el cual se convivió su proceso de desarticulación, y luego se toma cierta distancia en el tiempo para finalmente interpretar la experiencia. Lo que redundaría en reconocer el involucramiento que implica el estudio de la memoria. En el segundo caso, se distancia del periodismo porque no busca un hecho que se visualice en su dimensión, sino que explica qué aspectos incidieron en el imaginario de quienes pertenecemos al AVC clandestino, lo que antepone un *antes* y un *allá* para dialogar desde un *aquí* y un *ahora*. Es decir, revisa la historiografía desde el presente y cuestiona el sentido de verdad, entre el *es* y *no es*, más que como determinantes, como posibilidades de explicar el pasado. Explicación que se sostiene tanto desde los argumentos y la comprobación, como también desde la interpretación de la experiencia.

El interés explicativo del pasado incide en esta tesis. Sus tres capítulos delimitan el panorama en el que se conocen ciertas identidades significativas de los militantes del AVC; pues su problema central gira en torno a la *clandestinidad* del AVC –en el doble sentido, tanto por tratarse de una organización que se reconoció secreta, como por el ocultamiento que ha hecho la sociedad ecuatoriana de su significado–, y por tanto, alrededor del desconocimiento de cómo se configuró el sentido de pertenencia a este movimiento armado.

Así, en el *primer capítulo*, se presenta el contexto del proceso hegemónico de la época referida, la década de los 80. Por un lado, en el ámbito regional con respecto

al resurgimiento de los movimientos armados de América Latina, a partir del triunfo de la Revolución Nicaragüense, y en el nuevo marco institucional afín a los retos de una democracia liberal, funcional a las políticas modernizantes en el continente.

Por otro, en el ámbito nacional, se visualiza la incidencia de una doble cara de los movimientos de la izquierda marxista, que durante dos décadas seguidas, los 60 y 70, impulsaron un proyecto revolucionario que a la vez habló de movilización y presión democrática como de lucha armada, en un escenario de permanentes golpes de Estado por dictaduras civiles y militares, que se puso fin con la posesión del gobierno de Jaime Roldós elegido en las urnas, empezando un nuevo periodo constitucional desde agosto de 1979. Vale mencionar que el triunfo del binomio Roldós-Hurtado respondió, entre otras causas, a una plataforma de ofertas, los 21 puntos programáticos de gobierno, con la cual canalizaron las grandes expectativas populares por una democracia de equidad social impulsada por los dos jóvenes candidatos, estigmatizados por la derecha de “comunistas”.

Y un tercer aspecto tiene que ver con el proceso de transición de los movimientos sociales en el Ecuador, en el que se desarticula la organización sindical, campesina y estudiantil, afín a la izquierda ecuatoriana, en los 80, y se configura el movimiento indígena que, en los 90, llega a ser un referente de la emergencia continental.

En este contexto aparece el AVC como parte de los movimientos ciudadanos que emergieron de la exigencia de los derechos democráticos, antes que de la lucha por los intereses de clase, como fueron el movimiento de mujeres, de derechos humanos, indígena, entre otros. Entendiendo que este proceso de transición de los

movimientos sociales no fue lineal, pero sí relacionado, pues, estas manifestaciones de la *sociedad civil*<sup>18</sup> compartieron similares intereses, aunque no sus políticas.

Es decir, se visualiza el *proceso hegemónico*<sup>19</sup> en el que el AVC apareció como oposición, protesta o alternativa de la política ecuatoriana y vivió los embates de la acción dominante que, de acuerdo al estilo de cada gobierno, lo ignoró, aisló, controló, reprimió o incorporó. Este movimiento social *contra hegemónico* o de *hegemonía alternativa*, persistió desde adentro a las prácticas dominantes, pues hablamos de sociedades vivas, en proceso, en búsqueda, en construcción, en destrucción también, frente a la ilusión de la democracia.

En el *segundo capítulo* el escenario se ubica específicamente en la cárcel, porque es allí donde se develó, en parte, la identidad *clandestina* de los “subversivos”, “terroristas”, “guerrilleros”, “alfaros”, los *chivos espiatorios*<sup>20</sup> de entonces. La cárcel *interpela* de forma imperativa para esclarecer en torno al hecho imputado (actores, motivos, circunstancias, la forma en la que fue realizado, etc.), y avalar el proceso jurídico en contra de los detenidos. Esta *interpelación* puso al descubierto la manera de actuar de la organización clandestina “investigada”, pero sobre todo, del *sistema punitivo*<sup>21</sup> que adecuó su discurso arbitrario y violento en la política de “combate a la subversión”; este sistema punitivo fue usado de distinta manera por cada gobierno,

---

<sup>18</sup> *Sociedad civil* en la que se organiza la vida política no estatal, y que tiende a constituir puentes o mediaciones hacia el Estado. “Se organiza como un conjunto de lugares en los que se hace política sectorial o política nacional desde lo sectorial” (Tapia 2002, 32).

<sup>19</sup> Las maneras de ver la realidad y cómo se la experimentan confluyen en la hegemonía. Lo hegemónico se refiere al proceso de dominación de una visión y subordinación de las otras. Proceso en el que las subordinadas se articulan a la dominante, incluso desde la lucha armada, lo que no quiere decir que haya una sola corriente dentro de los procesos sociales. La hegemonía resulta una compleja red de relaciones, prácticas y actividades, que continuamente se renueva, recrea, defiende y modifica porque permanentemente está siendo resistida, limitada y alterada (Williams 1977, 134).

<sup>20</sup> Entendidos como estereotipos colectivos de persecución (Girard 1986, 21).

<sup>21</sup> Michael Foucault sostiene que el sistema de poder de las sociedades contemporáneas se basa en un *sistema punitivo* generalizado, que vigila y castiga en todos los ámbitos sociales, en función de generar individuos dispuestos al sistema productivo (1999, 164). El criterio del escritor francés antepone los mecanismos de coerción, coacción y castigo como articuladores de las relaciones y prácticas sociales, configurando los estereotipos de los *infames*, sobre los que recae el juicio de valores como amenazas del *orden* instituido.

llegando a ser un instrumento de terror que *traumatizó* a la sociedad ecuatoriana. Durante aquel periodo, los 80, la tortura y el crimen se justificaron como “excesos” o “casos particulares”, y hasta el presente se evidencia la voluntad de mantener una amnesia generalizada e impunidad sobre aquellos abusos sistemáticos, lo que dice de un sistema judicial altamente arbitrario y prepotente que debilita un proyecto democrático en el país.

En el *capítulo tercero*, el panóptico amplía su panorámica alrededor de los líderes del AVC, quienes se miraron como “presos políticos” y lucharon para que fuesen reconocidos con este estatuto, tanto para diferenciarse del resto de la población carcelaria, como para ejercer la “vocería pública” de la organización clandestina, representándola y filtrando su carácter de ocultamiento permanente, para generar políticas de enlace con la institucionalidad que interpelaron.

Otras fuerzas guerrilleras de mayor dimensión, ubicaron sus “vocerías” en las zonas rurales donde lograron cierta definición territorial. En la década de los 90, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas incorporó los espacios web para tener una representación fija en el espacio virtual. Referirse a la cárcel, como lugar de ubicación del AVC, dice del incipiente nivel de organización e impacto que logró como movimiento armado, ya que su accionar y presencia se mantuvo en movilidad, básicamente en Quito y Guayaquil, aunque su militancia haya desarrollado ciertos núcleos –*comandos*–,<sup>22</sup> en varias ciudades y pueblos del país.

Liderazgos que se configuraron y dieron a conocer las mejores *performatividades* de los clandestinos y los *tejes y manejes* de su funcionamiento: en

---

<sup>22</sup> El comando fue la estructura base del AVC. Conformado por 5 o 6 militantes, apoyados para su funcionamiento por una red de colaboradores y simpatizantes, quienes tenían un nivel de menor participación en las acciones del movimiento.

qué consistió y cómo se construyó la pertenencia al AVC, su visión del revolucionario en un escenario de tensiones y en condición de sujeto tensionado.

Tensionado porque la clandestinidad implica un funcionamiento secreto, y “Desde el momento que uno jura compartir un secreto se convierte en alguien capaz de traicionarlo” (Fabbri 1995, 18). Aspecto que transforma las relaciones sociales porque está de por medio la intensidad de la fidelidad y la traición.

En este capítulo se hace más evidente mi recuerdo con respecto a ciertos aspectos muy particulares que hacen pensar de la memoria social como un montaje del olvido, una sobreposición de aquellas cosas que no se quieren mirar, porque afectan a la identidad, o desdican de un reconocimiento social porque lo perjudica. Y, sin embargo, están allí latentes en la máscara del testimonio. Trabajo de la memoria que deja abierto la articulación de otras voces.

## CAPÍTULO 1

### Contexto r

#### *Las guerrillas latinoamericanas, entre el marxismo y la democracia*

*Cuando estábamos en las FARC vimos que si no producíamos cambios en la forma de lucha el triunfo jamás se produciría, comenzamos a preguntarnos: entonces, ¿para qué soportamos tantos sufrimientos? Entonces, ¿para qué padecemos tantas penalidades?*

*Y cuando quisimos resolver estas preguntas, entramos de inmediato en contradicción con el Partido Comunista (...)*

*El Partido Comunista había resuelto expulsarme públicamente de sus filas. Se me acusaba de desarrollar una labor divisionista y de enviar a la guerrilla por mi cuenta... Le devolví al partido todo lo suyo: papeles y una pistola quizás.<sup>23</sup>*

Jaime Bateman (primer comandante del M-19)

Las lecturas en torno a las insurgencias que aparecieron en América Latina tienden a homogenizarlas en dos perspectivas: una que pone énfasis en la radicalidad de los discursos marxistas, anteponiendo la lucha por el poder para la consecución de patrias socialistas; otra, que mira la lucha armada como un instrumento precursor de reformas en los sistemas democráticos. La primera destaca los orígenes de las guerrillas alrededor de la visión vanguardista de los partidos comunistas, que apelaron a las contradicciones de clase para construir ejércitos rebeldes con el afán de transformar las relaciones de explotación y afecten a la estructura productiva con la guerra revolucionaria. La segunda amplía el panorama de la violencia insurgente a un contexto de tensiones permanentes que viven las repúblicas latinoamericanas desde sus inicios, consecuencia de los malos gobiernos y de las condiciones de la geopolítica regional (Caballero 1987).

---

<sup>23</sup> Entrevista a Jaime Bateman. Patricia Lara, *Siembra vientos y recogerás tempestades*, Bogotá, Planeta, 1986, pág. 116.

Sin embargo, el prejuicio de generalizar las insurgencias de América Latina, como proyectos marxistas encaminados a impulsar las contradicciones de clase y canalizar el fin del sistema capitalista burgués, ha prevalecido en la opinión pública. Este prejuicio es visto como la consecuencia de la polarización que vivió el planeta a partir de la Guerra Fría hasta 1989 –cuando cayó el Muro de Berlín–, en la que se disputaron la hegemonía de una política global los dos bloques: el capitalista y el comunista, el primero liderado por Estados Unidos, el segundo por la ex URSS y China.

Bajo esta perspectiva se ha tratado de analizar y visualizar el impacto de los alzados en armas dentro del inventario mediático. Los periodistas Maite Rico y Bertrand de la Grange, corresponsales de *El País* y *Le Monde*, respectivamente, abordaron con este enfoque el tema de las insurgencias latinoamericanas, a partir del análisis del conflicto armado en El Salvador. Su reportaje “La derrota de los dogmas” cuestiona los paradigmas de las guerrillas del continente al explicar cómo aquellos *hombres nuevos*, dispuestos a dar la vida para emprender los intereses del pueblo, representaron, ante todo, voluntades guerrilleras de jóvenes universitarios e intelectuales de izquierda, que propiciaron posiciones extremistas de las oligarquías locales, quienes, finalmente, polarizaron la política en función de imponerse e impedir que las democracias sean efectivas (1999).

“¿Valió la pena la guerra?”, preguntan. Reconocen que históricamente los conflictos armados fueron inevitables, pero concluyen la idea con una frase lapidaria: “Nuevos proyectos de nación se erigen hoy sobre más de 300 mil cadáveres”. La cuestión sobra, más si en el transcurso del texto ex dirigentes guerrilleros y de partidos políticos se reconocen en un *mea culpa* por no haber agotado las políticas del

diálogo y la negociación democrática, antes de ser protagonistas de la confrontación bélica.

Aunque el contexto de la Guerra Fría y el triunfo de la Revolución Cubana (1959) haya impulsado la lucha armada de algunos de los partidos comunistas de América Latina, gran parte de los movimientos armados de la región se rebeló con el fin de que las democracias nacionales sean efectivas, se construyan con toda la visión liberal burguesa, desechando la perspectiva de ser antesala de un proyecto socialista. Esta diferencia plantea mirar al fenómeno referido desde otra perspectiva, que permita visualizar las prácticas insurgentes como discursos de la modernidad.

AVC fue parte de aquellos proyectos rebeldes que impugnaron a la democracia desde la lucha armada. La “democracia en armas”, que pregonó, tiene como antecedente el triunfo de la Revolución Nicaragüense (1979), producto de una alianza amplia y democrática para lograr la insurrección popular que depuso a la dictadura de Anastasio Somoza, lo que provocó el endurecimiento de la geopolítica de Estados Unidos en contra de los movimientos insurgentes, interviniendo de manera más profunda sobre Centroamérica.<sup>24</sup>

En este contexto, los gobiernos de Cuba y Nicaragua impulsaron una política que tendiera a estabilizar la correlación de fuerzas en la región, con movimientos guerrilleros militarmente eficaces pero capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias, tanto de la intervención militar norteamericana como de las contradicciones de las débiles democracias latinoamericanas.<sup>25</sup>

---

<sup>24</sup> La contrarrevolución nicaragüense recibió apoyo directo del gobierno de Ronald Reagan, de una manera encubierta, a fines de 1986. Robert P. Matthews describe la red de ayuda no oficial norteamericana a la *Contra* con grupos de presión política, recolección de fondos, ayuda no mortífera, armamento y entrenamiento. A la par, el intervencionismo militar de EE.UU. se incrementó en Honduras, El Salvador y Guatemala.

<sup>25</sup> “Cuba y Nicaragua miraron hacia El Salvador, donde había varias organizaciones guerrilleras que peleaban contra la dictadura. Se dieron cuenta de que había que integrarlas a la política regional y presionaron para que los cinco grupos se unieran. Así nació el FMLN”, declara Joaquín Villalobos, uno



Esto no quiere decir que Cuba y Nicaragua impulsaron directamente el proceso de conformación de AVC en el Ecuador, como sí intervinieron para concretar la unidad del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador, o la instrucción y logística para el M-19 de Colombia (Villamizar, 1995), por citar dos organizaciones insurgentes con un proyecto democrático. Esto implica la existencia de un panorama que aviva la lucha armada como una fuerza para deliberar dentro de confrontaciones propias del esquema democrático liberal, y que tienen que ver con la representación, la legitimidad de los representantes y la participación de nuevos protagonistas que discuten la política para hacer efectiva la democracia, porque su objetivo final es la negociación.

Darío Villamizar visualiza la lucha guerrillera latinoamericana segmentada en tres *olas*. La primera está caracterizada por el surgimiento del *foco guerrillero* en las zonas rurales, como núcleo y vanguardia del ejército popular, con el afán de implantar una revolución socialista de proyecciones continentales, en el que la organización armada de las ciudades representa un apéndice, una zona de retaguardia y logística. Su incidencia se la enmarca a partir del triunfo de la Revolución Cubana (1959) hasta la toma de poder por los sandinistas en Nicaragua (1979). La segunda *ola* está determinada por una política con mayor convocatoria de alianzas, la búsqueda de reconocimiento internacional, una estrategia militar que fusione la lucha armada con los movimientos sociales en el campo y la ciudad, el carácter nacionalista y democrático del alzamiento armado, que convoca a la burguesía y plantea la posibilidad de llegar a soluciones políticas negociadas. Este es un periodo posterior al triunfo de la Revolución Nicaragüense. Y una tercera *ola* es inaugurada a finales de los 80, cuando se ubican los procesos de negociación o inserción desarrollada por el

---

de los comandantes del FMLN, en una entrevista de Guillermo Osorno para la revista *Letras Libres*, septiembre de 1999.

AVC en el Ecuador, los colombianos M-19, Ejército Popular de Liberación, Quintín Lame, Partido Revolucionario de los Trabajadores, Corriente de Renovación Socialista, el salvadoreño FMLN, el guatemalteco Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, el chileno Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el hondureño Fuerzas Populares Revolucionarias y el uruguayo Tupamaros (15-21).

El historiador venezolano Manuel Caballero pone énfasis en un panorama más amplio, en el que la lucha armada aparece como un escenario permanente en las disputas por el poder de la región, tanto de marxistas como de no marxistas. Sin tomar en cuenta a las guerras de la Independencia, solamente Chile “no la empleará sistemáticamente para dirimir sus contiendas internas” (1987, 141). En su análisis destaca la revolución mexicana de 1930, la lucha de César Sandino en 1920, la revuelta de José Figueres en Costa Rica en 1948, la insurrección del MNR en Bolivia en 1952, para citar algunas de los procesos armados que han tenido una inspiración *reformista* antes que marxista. Incluso la misma epopeya del *Granma* no fue marxista y mucho menos comunista. La revolución de Fidel fue contra Batista y provino del Partido Ortodoxo de Chibás: “...la actitud de los comunistas hacia la lucha armada ha sido de desconfianza, de condena, de anatema contra el putschismo que, con el apellido de *pequeño burgués* llegó a convertirse en un insulto en la jerga comunista de los años cincuenta” (147). A medida que la Revolución Cubana fue radicalizándose y el enfrentamiento con los EE.UU. se hizo más profundo, Cuba se acerca a la URSS y declara su revolución como marxista-leninista.

La presencia del AVC, como la del M-19, del FMLN, o el MRTA, entre otros, significó una fractura del *espacio público* de la política, en el que la ciudadanía discute las preocupaciones de interés común y las transmite al Estado para su atención. Este espacio ocupado por quienes ejercen las formas de la libertad de

expresión, de prensa y de asociación, es cuestionado con la acción armada y apela a nuevas agendas no consideradas, pues la discusión no es abierta ni accesible, y los que deliberan tampoco lo hacen como iguales.<sup>26</sup>

En algunos casos las acciones incidieron para boicotear el espacio público, y en otros para cuestionarlo o radicalizarlo. Estos rasgos manifiestan la ambigüedad y complejidad de las tramas sociales que están en juego en la democracia de las sociedades modernas, en un ámbito que pone en cuestión a la participación ciudadana dentro de los espacios institucionales, ya que el recurrir a la violencia, o a prácticas fuera de la ley, evidencia la debilidad del sistema. Es en este sentido que su presencia se plantea como un espacio *intersticial*, que trata de llenar las fisuras del modelo, ya que no proponen cosa distinta a la democracia sino su implantación.<sup>27</sup> La *intersticialidad* tiene como función el “dotar a los individuos de una organización formal y un sentido moral que las instituciones tradicionales no alcanzan a dotarles” (Delgado 1999, 37).

Esta visión cuestionó al discurso marxista que imperativo se difundió a lo largo del continente produciendo una práctica hermética, profundamente compartimentada, de construcción silenciosa y aislada de la política nacional, ya que respondieron, ante todo, a un proyecto ideológico universal. Incluso las guerrillas marxistas que aparecieron en los 80 no dejaron de poner en el eje de su accionar la destrucción del orden burgués proimperialista, aunque hayan sido heterogéneas las estrategias de guerra. El Partido Comunista Peruano Sendero Luminoso en 1980 emprendió su accionar armado desde el maoísmo, propugnando la guerra popular

---

<sup>26</sup> Criterio de “espacio público” sostenido por Habermas al referirse sobre *el potencial utópico de la concepción burguesa del ámbito público*, y que Nancy Fraser critica ya que éste nunca fue ejercido en la práctica (1993). El escenario latinoamericano lo confirma.

<sup>27</sup> Las insurgencias democráticas no fueron alteridades (como sí lo fueron las guerrillas marxistas), sino que actuaron contra las alteridades generalizadas que la democracia burguesa produjo, en contra de su paradigma. Más bien representaron *ocupación* de los vacíos que la política creó.

prolongada en las condiciones del campesinado andino. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez chileno en 1983 se anunció públicamente no sólo para “generar grados de ingobernabilidad o de cerco social al régimen dictatorial (de Pinochet)” (Núñez 1987, 174), sino también para impulsar la lucha de masas con la perspectiva de una sublevación armada.

Mientras las guerrillas marxistas trabajaron por crear las condiciones subjetivas y objetivas de la revolución proletaria, los demócratas en armas incidieron en las coyunturas para orientar el sentido de las democracias. Un *decir* y un *hacer* con agendas permanentes para el debate, para el tratamiento en el seno de la institucionalidad estatal y pública.

Acciones como la toma de la Embajada de República Dominicana, el 27 de febrero de 1980, por un comando del M-19, plantea el carácter del discurso; discurso que interviene en las coyunturas generando opinión pública, emplazando a los medios de comunicación a discutir las propuestas que las agendas institucionales dejan de lado porque no representan a los intereses de los dirigentes elegidos en empresas y/o repartos electorales; discurso que incorpora la lógica de los medios masivos de comunicación a la acción insurgente. Así, a partir de ganar el protagonismo militar y político, “(obligan) al gobierno a negociar propuestas políticas formuladas desde la oposición” (Pizarro 1987, 169). Se emplea la capacidad militar para posicionar una voz dispuesta a participar y proponer alternativas a la problemática nacional. Lo que incide como un mecanismo para enrumbar la política.

Esta perspectiva pone, en el centro de la discusión, la lucha de sentido, es decir, desde dónde se participa, desde qué intereses se negocia, cómo se construyen los contenidos del debate, de qué manera se incide en las concertaciones. Estos aspectos son propios de la modernidad que quieren ser canalizados por las

insurgencias, que, en el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, en enero de 1991, no deja de ser el eje de su accionar, cuando su apareamiento representó una exigencia que debate en torno a la globalización del mercado y la localización de la miseria.

### ***El elemento vinculante***

La idea de que todas las insurgencias eran comunistas también radica en que todas las guerrillas estuvieron envueltas por un imaginario común, la del *hombre nuevo*: el Che Guevara, mito que se erigió en una moral que pone a deliberar al mundo sobre la inestabilidad, la pobreza y la humillación que vive el Tercer Mundo. La estrella en cinco puntas de su boina negra, tatuada con el símbolo del socialismo, marcó a todas las guerrillas con su presencia.

Hombre nuevo capaz de soportarlo todo en nombre de un ideal: *aspiración de libertad para un pueblo* (Guevara 1969). La tenacidad del trabajo, el agobio del hambre, el dolor de la fatiga, el padecimiento de los golpes, incluso la muerte, llegan con gloria por el deber cumplido. La claridad y la convicción son otras de las características de ese ser valiente y digno que vence a la adversidad. Y esa visión se impregnó de una vida llena de aventuras, de hazañas victoriosas, de riesgos asombrosos, que luego se relataron en sus diarios, que, como bitácoras de viaje, enseñaron y alertaron los pormenores de las guerrillas de liberación nacional.

Ecos de aquella imagen también se fraguaron desde otras voces como la de Fidel Castro, que, en su alegato por la toma del Cuartel Moncada en julio de 1953, proyectó la participación del revolucionario a una presencia histórica, de la que sale absuelto de cualquier imputación en su contra. O la de Omar Cabezas que inculcó la firmeza, la espontaneidad y la alegría del combatiente sandinista amasado en la

montaña, en esa *inmensa estepa verde*, que lo formó como ser humano. O la de Cayetano Carpio que registró el horror del secuestro y la capucha cuando fue detenido y conducido a la crueldad de los calabozos salvadoreños. Voluntad inquebrantable que fue descrita al detalle por Arturo Jarrín en su testimonio *El cementerio de los vivos*.

La literatura también resaltó estos valores, incluso al cuestionarlos desde la masculinidad que construyó, al anteponer, en conflicto, el amor entre un homosexual y un revolucionario detenidos en una cárcel, que bien puede ser en cualquier país latinoamericano, pero que en la película del director de cine Héctor Babenco la ubica en Brasil. La convicción ganó a la hombría del guerrillero en la novela *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig.

Cuando fuimos detenidos, mientras nos *ablandaban* con la primera ronda de golpes por todo el cuerpo, nos advirtieron de que no nos hiciéramos los valientes, que no era tiempo de héroes ni de revolucionarios, que mejor colaboremos, que mejor habláramos todo lo que sabíamos.

Estas son pautas que construyeron un imaginario inmenso, poderoso, trascendente. El Che, como símbolo de aquel mito, vaciándose de contenido permanentemente, y nuevamente apareciendo en diferentes concreciones. En las tumbas de Jairo Capera y Gloria Amanda Rincón, combatientes y dirigentes del M-19, muertos en el Caquetá, la gente llega los lunes, se persigna, da tres golpecitos, reza y se va. En el muro donde José Carrasco murió fusilado con trece balazos en la cabeza, hay permanentemente flores y velas encendidas como muestra de gratitud, fue periodista y dirigente del MIR y murió un día después del atentado al general Pinochet. Cada octubre, en Quito se realiza una misa a nombre del guerrillero

ecuatoriano, mes en el que Arturo Jarrín fue acribillado. Asistimos familiares, amigos, ex compañeros, y últimamente, muchos de los presentes han sido jóvenes.

## **Contexto rr**

### ***La guerrilla en el Ecuador, del ocultamiento a la presencia pública***

*Nosotros no escondemos las intenciones de nuestra acción. Somos decididamente antioligárquicos, pero porque somos decididamente democráticos. Nosotros no sembramos el odio, ni enemistamos al pueblo del Ecuador. Nosotros buscamos la unidad nacional, rechazamos el revanchismo, pero somos claros en no creer que la oligarquía y los monopolios son parte de la nación; al contrario, son ellos los que vienen sembrando odios y divisiones en la nación. Nosotros sí vamos a ser tolerantes con los sembradores de injusticia y violencia, pero vamos a ser intransigentes en que su presencia en el poder no es posible.*

Manifiesto, Alfaro Vive Carajo

La insurgencia en el Ecuador durante las últimas cuatro décadas se ha caracterizado por una débil organización que le ha impedido sostener un funcionamiento orgánico y representativo de algún sector de la sociedad; una escueta capacidad operativa que le ha imposibilitado una logística y accionar militar; un hermetismo sectario que ha negado conocer su discurso, tanto en la retórica como en la práctica, manteniéndolo en un silencio autoconvocado; una doble vida entre la clandestinidad y la institucionalidad; una fragmentación permanente, motivada por diferencias ideológicas, la infiltración de espías o pugnas de liderazgo que internamente han generado el *cacicazgo* clásico de las organizaciones ecuatorianas, políticas o no.

Por estas razones, lo poco que se conoce de la insurgencia ha sido con relación a los intentos por conformarse como una guerrilla. Esto la minimiza con respecto a los referentes de otros movimientos armados en el continente, pero no deja de ser

significativa en la caracterización de la izquierda ecuatoriana, ya que han sido estos *fantasmas* de la posible revolución los que han alentado el ideal y el discurso marxista en el país. De hecho, gran parte de la dirigencia de los partidos y movimientos marxistas, si no estuvieron vinculados a las tendencias radicales de lucha armada, funcionando como apéndices de las organizaciones institucionalizadas, estuvieron negociando o disputándose con ellas la dirección de las políticas y de sus estructuras.

Es más, los partidos y movimientos políticos de izquierda, incluyendo a las organizaciones de trabajadores, campesinos y estudiantes, funcionaron atravesados por dos compartimentos paralelos, uno en lo político, otro en el *militar*. El primero dedicado a una dinámica de formación ideológica y desarrollo de actividades que promuevan y consoliden el *trabajo de masas* y la conformación de una *vanguardia revolucionaria*. El segundo enfocado a conocer de armas, ciertas tácticas de lucha callejera y guerrillera, y disciplina militar. A la militancia más decidida del primer compartimento se la involucraba en el segundo, reconocidas como organización político militar (OPM).

Si a esta doble política se le inserta en la política ecuatoriana, atravesada por el discurso populista en el cual los caudillos toman rasgos mesiánicos, ofreciendo un Estado redentor y paternalista, manejando plena identidad con el lenguaje popular y donde la masa, en permanente movilización, se siente partícipe directa de las decisiones que toman los dirigentes en las negociaciones con otros sectores de poder, lo cual suele justificar las acciones arbitrarias que fracturan la normativa democrática (De la Torre 1998, 143-146); entonces, la ambigüedad de la izquierda, también ha abonado a un escenario bastante especulativo, propio de la estructura económica del país. Con inventario a favor, de legitimarse dentro de las masas, al saber canalizar las protestas sociales en un panorama violento. Estos son criterios que requieren de otra



investigación para argumentarlos, pero que se pueden ubicar posteriormente en el desarrollo de este ensayo.

Durante las décadas de los 60 y 70 algunas de estas OPM rompieron con su compartimento primero y fundaron sus propias estructuras, sin dejar de infiltrarlas. Ciertos referentes de estos intentos de lucha armada han sido reconocidos como la *guerrilla del Toachi*, el grupo *Vencer o Morir*, el *Destacamento de Organización Secreta*, el grupo *AU-SHIRIS* –Pueblo en Guerra–, en la década de los 60; los *Chiribogas*, los *Gías*, el MIR, el Partido Socialista Revolucionario, la Izquierda Cristiana, el PCMLE, en la década de los 70, entre tantos otros que Darío Villamizar logra registrar al entrevistar a varios de sus dirigentes (1994). En la actualidad, con la misma lógica, se mantiene el Grupo de Combatientes Populares, de tendencia maoísta.

En este panorama, el AVC no fue la excepción de tener tales *herencias* sobre el asunto; de hecho, cuando comenzó a fraguar las primeras alianzas para su conformación, a inicios de los 80, las prácticas de las OPM y las discusiones en torno al carácter de la lucha armada se reprodujeron, incluso hubo quienes miraron la democracia en armas como una transición a la revolución de los trabajadores.

La decisión de dar a conocer públicamente la existencia de un proyecto insurgente en el Ecuador significó un giro importante dentro de las OPM del país, básicamente en dos aspectos. El primero tiene que ver con la fractura que hace del discurso de la izquierda marxista, desde la misma izquierda, que modifica su retórica de lucha de clases y visibiliza su práctica de lucha armada, lo que evidencia una dinámica diferente con respecto a las contradicciones sociales sostenidas desde la lucha de clases, como las de género, etnia, generacional, religiosa, entre otras, propias de las sociedades modernas. El segundo aspecto se relaciona con el efecto que

produce la visualización de la insurgencia, la *consumación* de un *chivo expiatorio* diferente al de las construcciones xenofóbicas del mestizaje, e incide en la canalización de la emergencia indígena. Aunque en las décadas del 60 y 70 se realce el estigma de la barbarie hacia las *guerrillas*, será en los 80 que el estigma se plasme socialmente en contra de los *subversivos*, *terroristas* (este aspecto se lo tratará más ampliamente en el siguiente tema y el capítulo dos de este ensayo).

El anuncio con “bombos y platillos” de la existencia del AVC implicó una dinámica diferente, caracterizada por la acción radical que interpela a la democracia y posiciona a nuevos actores. La oligarquía fue el enemigo y el discurso fue la propaganda armada.

Poco a poco, la ruptura con la izquierda fue total. Las primeras acciones reivindicadas ya motivaron la salida de algunos representantes de las OPM que participaron en la I Conferencia del AVC, en febrero de 1983. “El reto de ese año 83 era ganarse un espacio y un nombre, ser una realidad, conformar una organización política, demostrar que en el país se puede pelear. Este era un reto bien elemental”, relata Pedro Moncada, uno de los dirigentes máximos del AVC (En Villamizar 1994, 130).

Al sustraer el busto del general Eloy Alfaro del local del Partido Liberal en Quito, el 8 de julio de 1983, y un mes más tarde las espadas del Viejo Luchador y del general Pedro José Montero, del local del Museo Municipal del Guayaquil, AVC no sólo *recuperó* sus símbolos de lucha sino que, también, definió su estilo de propaganda armada a base de la espectacularidad. Estos aspectos dejan ver, por un lado, el sentido de la apropiación de los valores simbólicos de los héroes históricos, su herencia de significados, para incorporarlos como propios y hacerlos funcionales dentro de su proyecto. Y, por otro lado, evidenció la asimilación de una política que

usa el protagonismo como estrategia. Es decir, valerse de la visión de los medios de comunicación, a base del impacto y sensacionalismo, para generar una opinión que dé a conocer sus acciones, convirtiéndose éstas en el pilar de su discurso.

Se trata de un lógica criticada por la izquierda porque le significa *alienación*, pero que la asume como hijo de la modernidad, pues no hace sino hacer eco de las palabras de Postman: “no vemos (...) la realidad (...) como es, sino como son nuestros lenguajes. Y nuestros lenguajes son nuestros medios de comunicación. Los medios de comunicación son nuestras metáforas. Nuestras metáforas crean el contenido de nuestra cultura”.<sup>28</sup>

El AVC, al *apropiarse* de aquellas connotaciones relacionadas con la revolución liberal de Alfaro y su liderazgo, retomó los valores que consolidaron al Estado nacional afín a los ideales liberales. Hechos como la separación de la iglesia y el Estado, la participación de la mujer en los ámbitos públicos y ciudadanos, la integración del país con el ferrocarril, la creación de las escuelas de arte, el fortalecimiento de la institucionalidad con las fuerzas armadas, forman parte de una heredad histórica que trasciende en los ecuatorianos; como también lo es la representación del caudillo al significar autoridad, poder y estilo de acción –la espada–.

Estos rasgos de los héroes latinoamericanos como Simón Bolívar, Augusto César Sandino, Manuel Rodríguez, Farabundo Martí, Túpac Amaru, entre otros, construyeron un legado histórico-cultural que legitimó su invocación ante la ausencia de tales liderazgos. La posesión de las espadas de Alfaro representó tomar ciertos atributos esenciales de rebeldía, tenacidad, decisión, justicia, dignidad, entrega.

---

<sup>28</sup> Citado en Castells Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. I. La sociedad red. México, Siglo XXI, 1999, pág. 360.

“Espadas que combatieron en los campos de batalla por la libertad pretendieron ser convertidas en piezas de museo por los mismos que traicionaron la revolución alfarista. Estas espadas estaban reclamando ser desenvainadas para emprender la lucha libertaria. Ahora, los Alfaristas desenvainamos esas espadas para reiniciar y vigilar la larga lucha popular por alcanzar un Ecuador libre y soberano”.<sup>29</sup>

Anrup y Vadales, al analizar la sustracción de las espadas de Simón Bolívar por un comando del M-19 en Colombia, en 1974, explican que la confrontación también se ha trasladado al campo simbólico. “La lucha entre los que detentan el Poder, y los que aspiran a conquistarlo en función de una causa revolucionaria, no se entablará solamente en torno a los problemas ideológicos, filosóficos, políticos, económicos del desarrollo social: será también una lucha en torno a la posesión del fetiche histórico, de la cosa que representa, simboliza y evoca al héroe (...)” (1983, 50).

Si bien los autores cuestionan el alcance de este tipo de acciones y lo miran como una colección de accesorios que hacen culto a la personalidad y “rubrica la ocultación de lo político verdadero, de las reales fuerzas profundas, de las causas y consecuencias esenciales de las transformaciones históricas” (52). Sin embargo, lo cuestionado termina siendo un indicador significativo de la innovación que promueven los alzados en armas, pues se trata de prácticas políticas que se valen del culto a la personalidad, propias de la lógica con la que operan los medios de comunicación, para insertar agendas diferentes a las trazadas por la institucionalidad hegemónica. La espectacularidad resulta determinante para impactar en una opinión cada vez más asidua al lenguaje mediático. Además, retomar a Alfaro como héroe, un siglo después, evidenció el permanente dinamismo que tienen los símbolos a partir de

---

<sup>29</sup> Panfleto dejado en las instalaciones del Museo Municipal de Guayaquil.

los hechos que suscitan o evocan, es decir, que los símbolos están prestos a las construcciones del presente.

Esta innovación será empleada por los *nuevos movimientos sociales* que aparecieron en el Ecuador, como parte de los contextos que acompañaron a los alzados en armas, estrategia que también se diferenció del discurso marxista que trató con esencialismos y purismos el juego del protagonismo. ¿Acaso todo liderazgo no busca –consciente o inconscientemente– el reconocimiento, la admiración y la acogida de su gente, en definitiva, la posteridad?

En todo caso, desplazar las contradicciones de clase como factor determinante de las luchas políticas de la izquierda ecuatoriana, resultó parte del preámbulo para la aparición de nuevos protagonistas en las escenas de la democracia de los 80, como fueron el movimiento de derechos humanos, de mujeres, de indígenas, entre otros, como el AVC.

## **Contexto rrr**

### ***El AVC en la transición de los movimientos sociales***

Hasta el momento se han tratado algunos referentes impostergables para ubicar a la insurgencia del AVC, como son los contextos de los proyectos guerrilleros en América Latina y el Ecuador, lo que da una idea de las *resonancias* históricas y culturales en las que se configura su participación. Dinámicas en las que los movimientos sociales, como sujetos que interpelan a las políticas hegemónicas, “como contestación de la lógica del orden” (Touraine 1992, 301), se convierten en un referente importante de las relaciones y prácticas sociales.

Estas *resonancias*<sup>30</sup> no hacen sino mostrar el marco de referencia que reivindicó el AVC con el objetivo de ubicar su visión del mundo que legitime y motive su presencia, permitiéndole conectar con los intereses de los pobres y también con los sectores democráticos segregados de una estructura abiertamente oligopólica.

En este sentido, el AVC aparece en un momento en el que los movimientos sociales más representativos durante las décadas del 60, 70 y parte de los 80 (de estudiantes, obreros y campesinos), con discursos afines a la lucha de clases, se desarticularon, y comenzó a ser representativo una organización social en torno al derecho democrático, sea instituyéndola, como en el caso de los partidos políticos, o sea construyéndola desde la exigencia e interpelación, como en el caso de los movimientos de mujeres, derechos humanos, indígenas, entre otros; panorama en el que el AVC resulta un actor más que impulsó esta corriente, desde la protesta de la sociedad civil.

Si bien los analistas sociales no han mirado la insurgencia como un actor de la dinamia social ecuatoriana, esclarecen el contexto de la insterticialidad del AVC.

Alejandro Moreano explica que, hasta los años 60, las prácticas de nuestra democracia se han mantenido, sobre todo, en un ámbito físico-jurídico, de *forma* antes que de *contenido*, porque la burguesía no logró imponer su dirección política a la fracción terrateniente, ni tampoco su dirección histórico-moral al conjunto de la sociedad ecuatoriana. Hasta entonces, la ciudadanía no se ha sustentado en una conciencia ciudadana que exija sus derechos y cumpla sus obligaciones, enmarcada en una dinámica de autogobierno e identidad nacional, sino que ha sido sostenida por una

---

<sup>30</sup> Doug Mc Adam plantea desplazar la jerarquía de los aspectos políticos, organizativos y estructurales del estudio de los movimientos sociales, propio de la sociología norteamericana, para destacar la importancia de las dimensiones culturales o cognitivas, que ha tomado un mayor interés desde la perspectiva europea. En este sentido, la *resonancia cultural* que tiene un movimiento social implica mirar el cómo “los individuos son incitados a participar no por la fuerza de las ideas o las actitudes individuales, sino porque están inmersos en unas redes de asociaciones que les confiere *disponibilidad estructural* para la protesta” (2002, s/p). Es decir, sus bases culturales.

estructura constituida por la maquinaria estatal y la delimitación territorial geográfica: el país (1991). Después de los 60, el Estado ecuatoriano puso énfasis en construir aquella *sustancia* inexistente de lo nacional, como parte de los procesos de modernización en la región, y que en la década de los 80 se reforzó, cuando a partir de 1979 se enrumbó con la nueva Constitución. Sin embargo, aquello no ha canalizado una convivencia de ejercicio pleno del derecho, pues la vulnerabilidad institucional y las arbitrariedades de la política hacen que el *contenido* de la democracia ecuatoriana no deje de ser una construcción en ciernes hasta el presente.

A partir de los 60, la visión *cepalina*<sup>31</sup> fomentó en los países latinoamericanos una importante inversión para crear una base industrial con el fin de sustituir las importaciones de los países del primer mundo, como mecanismo de desarrollo para la región. Medidas que en el país trascendieron con mayor impacto a partir del *boom* de la explotación petrolera, en la década de los 70. Esta óptica motivó, durante dos décadas (60 y 70), una serie de políticas que significó cambios importantes tanto en el agro como en las urbes, pues las leyes de reforma agraria, educativa y de inversión industrial dinamizaron las relaciones sociales de la economía y política ecuatoriana, cada vez más afín al modelo de desarrollo implementado desde occidente.<sup>32</sup>

Estos cambios también alentaron la participación de sectores sociales interesados en el modelo productivo, tanto de la burguesía y los sectores monopólicos, vinculados a los partidos de centro y de derecha, como de los movimientos de trabajadores, campesinos y estudiantil, organizados en su mayoría por los partidos y sectores de la izquierda ecuatoriana.

---

<sup>31</sup> Referido a las políticas de la Cooperación Económica para América Latina (CEPAL).

<sup>32</sup> A partir de enero de 1949, el presidente norteamericano, Harry Truman impulsó la industrialización, la tecnificación y la urbanización como ejes de lo que se llamó *desarrollo*. La alianza entre europeos y norteamericanos definieron las inversiones en función de un modelo de producción y consumo para occidente. A consecuencia de aquello, las naciones desarrolladas formaron parte de este acuerdo y las subdesarrolladas las que se quedaron fuera, como consumidoras de los productos procesados en el primer mundo (Escobar 2001).

Fueron un conjunto de políticas que desde el Estado redireccionaron la nación y democracia ecuatoriana, enrumbándola hacia una visión de desarrollo, integración nacional y participación ciudadana. Entre ellas se pueden destacar la ampliación del sistema educativo, con un nuevo sello democrático, a sectores que antes no habían accedido; el auspicio de una reforma agraria que disolvió las llamadas “formas precarias de tenencia de la tierra”; el impulso de planes de modernización en el agro; el reconocimiento del voto a los analfabetos, lo que esforzó a los partidos a captar estos votos concentrados, en gran parte, en las comunidades indígenas (Cueva s/f),<sup>33</sup> entre otras que promovieron el proceso de organización y articulación del movimiento indígena; pero también alentaron el proceso de urbanización y crecimiento industrial, con las respectivas dinámicas de consumo y migración.

La década de los 80 vive una transición, en el sentido de que la intervención del Estado sufre un giro, al reducirse su ámbito de injerencia, consecuencia del fracaso de las políticas cepalinas y del contexto de una economía *neoliberal* que presiona para que las fuerzas del mercado transnacional sean las determinantes. Esta situación redujo la intervención del Estado, no sólo en los procesos productivos sino, también, en la asistencia de servicios como educación, salud, seguridad, entre otros. Esta presencia *minimalista* del Estado debilitó significativamente al sector industrial y desarticuló al movimiento de trabajadores.

Por otro lado, la participación de la sociedad civil también vivió un cambio importante, ya que la democracia se instauró como sistema legítimo de representación y gobernabilidad, desplazando a las dictaduras civiles y militares, lo que promovió nuevos protagonistas. Así, los partidos políticos y la institucionalidad democrática

---

<sup>33</sup> Documento “Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: caso del movimiento indígena”, que Agustín Cueva entregó a la biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar, sin fecha, ni edición alguna.



enrumbaron la política, y los movimientos sociales también adquirieron una nueva dinámica, con nuevos actores, unos debilitados, otros fortalecidos.

Estos aspectos incidieron en un intercambio cultural más amplio con la modernidad europea y norteamericana, abriendo nuevas contradicciones sociales y nuevas referencias culturales que descentraron los estatutos societales con mayores posibilidades de fractura, en este caso. Porque los factores relacionados a la geopolítica, consecuencia de la confrontación entre los bloques comunista y capitalista, a nivel mundial, y que regionalmente trascendieron a partir de la presencia de los proyectos revolucionarios, culturalmente orientaron la estigmatización de la barbarie a los sectores vinculados con la izquierda.

Treinta años en los que la imagen del *comunismo* y la *guerrilla* representó el mal, la irracionalidad y la amenaza a una civilización moderna y de progreso.

En este momento se hace necesaria una pausa que conecte con la condición del mestizaje, estigmatizado en *lo indio*, proveniente del hecho colonial.

Remitir al pasado de la *Conquista* recuerda el carácter de nuestro mestizaje, mestizaje que añora el reconocimiento de un presunto origen español y *reniega de su híbrida condición* (Cueva 1986). “Cultura criolla” empeñada en ser fiel a los patrones de los conquistadores y que es desarraigada, desde un principio, porque su fruto no representa legitimidad del árbol ibérico, sino un “marchitamiento” por su mezcla con lo aborígen americano. Mestizaje de etnias, antes que de culturas, que construyó una ambigua escala de valores marcado por *un sello de inferioridad* ante su patrón y que arrete me contra aquello que lo estigmatizó, viviendo en permanente segregación y violencia.

Cuando se funda la república ecuatoriana, el proyecto democrático se erige sobre negaciones profundas donde el repudio se alimenta desde la cotidiana

intolerancia, se refleja y sostiene desde la institucionalidad democrática. Democracia que maquilla a la nación y ampara la negación de lo nativo.

El proceso de ciudadanía ha tenido una doble cara desde la *República*, con una ley para los indios y otra para los blanco mestizos, aplicándola en función del aprovechamiento de su mano de obra, tributación y pertenencia al sistema agrícola huasipunguero. Entre 1830 y 1960 la democracia se ha definido como una *herramienta innovadora*, con respecto a los quinientos años de la Conquista, para sostener la segregación y autoritarismo, sobre aquella presencia cultural de la que reniega. Durante el periodo republicano mencionado, los mestizos representaron a los indígenas en las relaciones sociales porque estos no podían representarse a sí mismos, tanto la sociedad como el derecho los desconocía, *ventriloquía* que se fractura en la década del 60, cuando aparecen las primeras organizaciones indígenas demandando su reconocimiento e intereses diferenciados, no sólo con relación a la producción y accesibilidad a bienes y servicios, sino, sobre todo, culturales. Esta política se visibiliza de manera general cuando se produce el levantamiento indígena en mayo de 1990, convirtiéndose este sector en un protagonista importante de los movimientos sociales y de la democracia (Guerrero 1993).

De esta manera, se evidencia un tejido social presto a la intolerancia y al abuso contra sus referentes nativos, que le significan el estigma de la *barbarie*,<sup>34</sup> es decir, una sociedad que niega la convivencia con otra cultura, y se niega a sí misma porque su mestizaje proviene de aquello que no tolera. La segregación étnica en nuestro país no sólo recae sobre los pueblos indígenas sino sobre los mismos mestizos. La violencia fluye en todos los escenarios y el Estado no es la excepción para mantener

---

<sup>34</sup> La alegoría del *bárbaro* permite hacer una idea del *otro diferenciado*, irracional y primitivo, del *sujeto* racional y civilizado europeo. Elemento determinante para la identidad eurocentrista (Retamar 1971; Roig 1993; Palermo 1999).

esta doble cara, en la que el derecho es arbitrariamente usado con relación a la barbarie de unos y la civilización de otros.

El autoritarismo en el Ecuador radica en una cultura ambigua que *re-niega* de sí misma, en definitiva, de la diferencia cultural.

El esquema segregante se filtra, en parte, hacia el proceso civilizatorio de la modernidad contra revolucionario, confeccionado con políticas de miedo desde el aparato militar, policial y jurídico. La presencia del AVC no hace sino confirmar la existencia de aquel fantasma maligno, que se opone al progreso y bienestar, potenciando las prácticas y retóricas de la lucha contra la “subversión” y el “terrorismo”. La *representación* del AVC se inserta en el proceso de resignificación con respecto a la diferencia cultural, desplazando el etnocentrismo a un segundo plano, y posicionando en primero al terror insurgente.

La *vulnerabilidad* de la política ecuatoriana, en la década de los 80, radica en la transición que se crea consecuencia del fracaso del modelo cepalino y la convergencia al sistema neoliberal, como factor estructural. Lo que implicó el reforzamiento de la idea de nación, por un lado, pero por otro, la creciente expectativa de la sociedad por una democracia que garantice los derechos y deberes ciudadanos. Condición que afecta de manera significativa a la diferencia cultural étnica del mestizaje, lo que permite hablar de la existencia y relevancia de *oportunidades culturales* que canalizan el protagonismo del AVC. Estas oportunidades irradian contradicciones ideológicas y culturales, y se desarrollan en el rápido deterioro de las expectativas sociales respecto a los primeros gobiernos del periodo constitucional inaugurado en 1979, el impulso de prácticas arbitrarias del sistema punitivo, la polarización de las fuerzas políticas en torno a la oposición a la derecha liderada por León Febres Cordero, y el crecimiento de una conciencia ciudadana que descentra la

protesta en torno a los derechos de género, los derechos humanos, la preservación del medio ambiente y la diferencia cultural<sup>35</sup> (estos aspectos se desarrollan más ampliamente en el capítulo siguiente).

Lo sucedido en el Ecuador con el AVC se minimiza porque se trató de un movimiento pequeño, que tuvo una presencia efímera en la política; a los 8 años de su aparición pública (1983) negoció la entrega de armas, y en el intento de configurarse como partido político se desarticuló (1991). Durante su presencia se denunciaron 563 casos de tortura, de los cuales 29 murieron por el maltrato, sumándose a los 44 asesinados y 36 desaparecidos consecuencia de la represión institucional.<sup>36</sup> Incluso Juan Terán, el único autor que publicó un estudio sobre el AVC, trató al movimiento como una guerrilla *sui generis*, caricaturizándolo por la falta de claridad en su ideología y prácticas.

Sin embargo, su dimensión y falta de claridad política no justifica el desinterés o apatía al respecto, pero sí pone en cuestión cómo estos referentes son usados para no mirar la composición de un país de segregación y vaciado de práctica democrática.

Los procesos sociales en el Ecuador han sido estudiados linealmente, tanto en tiempo y espacio, en un *antes* y en un *después*, condiciones de un inicio y un final, para comprender lo que pasó durante ese recorrido. Han sido narrativas sustentadas en la demostración de la verdad, y cada verdad se engarza en otra como un eslabón que permite sostener el encadenamiento de un todo. Así, la historia se ha construido como un rompecabezas, con el convencimiento de que historias diferentes convergen y se

---

<sup>35</sup> Mc Adam al referirse a las bases culturales de los movimientos sociales, destaca cinco aspectos dentro de ellos: la resonancia cultural, la expansión de las oportunidades culturales como estímulo para la acción, las contradicciones ideológicas o culturales, las reivindicaciones de rápido desarrollo, las dramatizaciones de la vulnerabilidad del sistema, la disponibilidad de marcos dominantes, y el papel de subculturas de larga duración en la formación de los movimientos.

<sup>36</sup> Si bien la fuente de estos datos es la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU), no existe una investigación profunda de los muertos, desaparecidos y torturados durante el periodo de actividad del AVC. Monseñor Luna Tobar denunció que, solamente en Cuenca, había más de 150 desaparecidos a partir de la acción represiva del SIC-10, durante 1987. Referido en la entrevista de Rolando Pachana al argentino Hugo España. *El SIC 10*. En *Vistazo*, Ecuador, 1996.

complementan finalmente, configurando el *credo de la objetividad* (Ricoeur 1995, 292).

Bajo esta panorámica, el poder no se ha constituido en el seno de la sociedad, sino en la *claridad* de los intereses de las clases dominantes, lo que plantea a un pueblo instruido y definido previamente: se trata de un panorama en el que sus iniciativas están determinadas a perder, a responder dentro de una configuración subordinada, y seguramente con el único sentido de reforzar la legitimidad de las elites.

El presente ensayo corresponde a una narrativa explicativa, pero no pretende engarzarse como una nueva pieza de un proceso hegemónico sino, más bien, pone énfasis en el protagonismo de los distintos sectores sociales, que desarrollan prácticas *microbianas, singulares y plurales* que inciden desde diferentes direcciones.

## CAPÍTULO 2

### **La marca del terror perdura**

La cantidad de miembros de un movimiento social, su capacidad de movilización y su nivel de madurez política para presionar al Estado desde la sociedad civil no delimitan su importancia. De alguna manera, lo planteado en este ensayo argumenta aquello con respecto al AVC. Algo similar se podría sostener en torno al movimiento de derechos humanos, que bajo las voluntades de protagonistas muy específicos posicionaron un interés de trascendencia para la democracia ecuatoriana. O el caso del movimiento de mujeres que, incluso, ha sido caricaturizado por cierto sector de la opinión pública por su poca actividad.<sup>37</sup> Por hacer referencia a dos actores que también incidieron en la década de los 80 en el Ecuador, aunque no fueron efímeros como el AVC, y que han sido importantes para dinamizar el discurso ciudadano contemporáneo en el país. Esta digresión permite retomar dos temas que el presente estudio plantea: el uno tiene que ver con el olvido intencionado de la insurgencia del AVC, que también significa el olvido del sistema punitivo de la política ecuatoriana, y el otro se relaciona con las simbologías que están en juego en el tablero de este tipo de sujeto social.

### ***El olvido del AVC, encubrimiento de un nuevo trauma***

---

<sup>37</sup> La Asociación de Canales de Televisión del Ecuador, en un acto de transparencia periodística, concertó en febrero de 2004 un debate público en la televisión, donde dos reconocidos periodistas ecuatorianos, Jorge Ortiz de Teleamazonas y Carlos Vera de Ecuavisa, fueron entrevistados sobre su labor y ética profesional. Quien moderó e interpelló fue el periodista argentino Jorge Lanata, valorado por un trabajo de investigación y crítica sobre las redes de poder, que involucran también a los medios de comunicación. El evento además contó con la participación de personajes importantes de la política, la academia y la opinión ecuatoriana: Dolores Padilla (dirigente de las mujeres), Orlando Pérez (editorialista diario Hoy), Hernán Reyes (catedrático UASB), entre otros. En este show, pues, no se dejó de lado lo espectacular: Carlos Vera justificó que no entrevista a nuevos líderes de opinión sobre los temas de coyuntura, aduciendo el bajo protagonismo de los actores sociales, como el de las mujeres organizadas, que han limitado su presencia a “poner carpas ambulantes en la ciudad”.

El sentido de *trauma* referido al hecho colonial, por su impacto destructivo y autoritario con el que marcó el comportamiento de las sociedades amerindias, ha sido nombrado en la opinión pública por voces de diferente matiz conceptual, como la de Víctor Hugo Cárdenas, ex vicepresidente boliviano y dirigente indígena, o la de Iris Sánchez, psicoanalista ecuatoriana.<sup>38</sup> Tratar el hecho de la insurgencia del AVC como una *experiencia traumática* tiene sentido en tanto consigna un estatuto de impunidad a la democracia ecuatoriana frente a los crímenes y abusos de poder en nombre de combatir a la subversión. Si bien puede ser visto como parte de las consecuencias del *trauma* de la conquista, que ha impregnado a las relaciones sociales de una violencia estructural, resulta significativo diferenciarlo no sólo por su magnitud sino, sobre todo, por el discurso anti terrorista que lo sostuvo. Este es el tema del presente subcapítulo.

La historiografía sobre lo sucedido a partir de la insurgencia del AVC en el Ecuador olvida lo que se puso al descubierto sobre la política perversa del Estado. Desde los primeros detenidos del AVC se testimonió una institucionalidad de abusos que ya funcionaba desde *antes* de la aparición del movimiento insurgente, que se robusteció *durante* el periodo que el AVC funcionó y se mantuvo *después* de que el movimiento concertara la entrega de armas. Los estilos de dicha institución cambiaron según el gobierno, pero no su fundamento: el maltrato y la arbitrariedad.

A pesar de que este sistema se develó ante la sociedad ecuatoriana e internacional –de tal forma que concitó la atención de la política en torno a la violación de los derechos humanos, pues dos periodos presidenciales fueron marcados por aquello, el uno por los atropellos cometidos (Febres Cordero), el otro por impulsar

---

<sup>38</sup> En Aguirre, Milagros. *Controversia. Ecuador hoy: cien miradas*. Quito, FLACSO-El Comercio, 2000.

las garantías constitucionales (Rodrigo Borja)—, sin embargo, la impunidad dejó su huella desde el momento que la democracia se reinauguró en 1979.

El convencimiento de que la lucha armada pondría fin a dicha estructura no dejó de ser parte de dicho andamiaje de violencia, solamente que, en tal ocasión, los jóvenes insurgentes decidieron tomar la ley por sus propias manos, alentados por los ideales de la revolución, la rebeldía de los pueblos y las expectativas de cambios profundos, aún pendientes.



### *Genealogía del trauma 1*

Durante el gobierno de Osvaldo Hurtado<sup>39</sup> las primeras detenciones a los miembros del AVC no sólo revelaron las prácticas temerarias que se desarrollaban de manera cotidiana en las vetustas instalaciones de los centros carcelarios, evidenciando un procedimiento naturalizado contra los reos y cruel contra los presos políticos, sino, también, se puso en claro el discurso de encubrimiento de estas dinámicas, con un manejo silencioso del tema, como fue el tratamiento que dio el régimen al respecto.

Dos hechos lo confirman.

Uno tiene que ver con la primera detención de un grupo de alfaristas por miembros del ejército, cuando quince de ellos fueron sorprendidos mientras desarrollaban una “escuela de formación” en Colope, Esmeraldas, en octubre de 1983. La acción fue rápida y no contó con resistencia.<sup>40</sup> Fausto Basantes y Rosa Mireya Cárdenas, ambos de 23 años de edad y los más adultos del grupo, impartirían un curso sobre la disciplina, la ideología alfarista y el manejo de ciertas armas. Los detenidos fueron estudiantes de colegio y de los primeros años de universidad, provenían de Quito, Imbabura y Carchi. Estos datos y otros más sobre el funcionamiento del grupo, la forma de organizarse y el tipo de redes que mantenían con otras personas, fueron indagadas con golpes de tolete, patadas, puñetazos, amenazas con lanzarlos desde un helicóptero en el aire, asfixia con fundas y gas en la cara, guindada de los pulgares, quema con cigarrillos, goteo con ácido sobre la piel, picana eléctrica e intentos de violación a las tres mujeres, durante los tres días que duraron las torturas en las instalaciones del cuartel Montúfar, en Esmeraldas.

---

<sup>39</sup> Osvaldo Hurtado asumió la presidencia luego de que Jaime Roldós, su esposa Martha Bucaram y la comitiva presidencial fallecieron en un accidente aviatorio, el 24 de mayo de 1981. Gobernó hasta agosto de 1984.

<sup>40</sup> Rosa Mireya Cárdenas fue una de las dirigentes del AVC. Entrevista personal realizada el 12 mayo de 1999.

El doctor Fausto Novillo Carrión, médico especialista en traumatología y ortopedia, al ser designado por el Colegio Médico de Pichincha para que realice un examen médico a Fausto Basantes, solicitado por los organismos de derechos humanos, a los 8 días de su detención, registró en su informe la fractura de su nariz, de la primera vértebra lumbar y contusiones en la mayoría del cuerpo.<sup>41</sup>

Hasta entonces el AVC había emprendido doce acciones de propaganda armada y una de recuperación económica. Aunque una de ellas implicó la retención de cinco periodistas,<sup>42</sup> para hacer la primera rueda de prensa clandestina en la que se enseñaron las espadas de Alfaro y Montero sustraídas anteriormente del Museo Municipal de Guayaquil, sin embargo, la reacción de la opinión se había mantenido cauta y silenciosa.

De los detenidos en Colope sólo repercutió en la opinión, cuando se informó que el alcalde de Esmeraldas dispuso la libertad de los detenidos, a los cinco días de su apresamiento, al concedérseles el habeas corpus debido a que no hubo orden de detención constitucional. Al respecto se pronunció el ministro de Defensa, general Jorge Arciniegas, negando la violación a los derechos humanos y puntualizando que se trataba de “elementos armados que realizaban actividades militares”, y no de “guerrilleros” como los había calificado la prensa.<sup>43</sup>

El otro hecho, se refiere al segundo grupo de detenidos del AVC, a partir del asalto al Banco del Pacífico, ubicado en el centro de Quito, en junio de 1984, donde hubo un enfrentamiento armado que concluyó con el apresamiento de una decena de involucrados, que luego del maltrato respectivo y arbitrariedades procesales, sólo

---

<sup>41</sup> Informe extendido al presidente del Colegio Médico de Pichincha, Dr. Alberto López, el 28 de octubre de 1983, y recibido en el despacho de la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU) tres días después.

<sup>42</sup> Félix Narváez de canal 8, Carlos Vera de canal 10, dos reporteros de los diarios Expreso y Extra, y otro de la revista Siempre. Fuente: documento del AVC “Mientras haya que hacer nada hemos hecho”, 1985.

<sup>43</sup> *El Comercio*, 13 de octubre de 1983.

cinco de ellos terminaron inculcados y sentenciados por su participación, entre ellos Arturo Jarrín Jarrín, que tenía 25 años y la policía llegó a descubrir que se trataba de uno de los dirigentes del movimiento, aunque no llegó a precisar qué rango tenía en la cúpula. Dos de los alfaristas provenían de Guayaquil y los restantes de Quito, vinculados al trabajo barrial y estudiantil de un AVC que ya había emprendido más de 20 acciones de propaganda armada y tres de recuperación económica.

La información en torno a la magnitud del movimiento, su capacidad operativa, su incidencia en otros sectores sociales, su vinculación con otras guerrillas, fueron las inquietudes de los agentes del Servicio de Investigación Criminal de Pichincha (SIC-P),<sup>44</sup> escenario de las investigaciones correspondientes.

Arturo Jarrín describió al SIC de manera bastante precisa en su testimonio escrito mientras estuvo detenido en el Penal García Moreno:<sup>45</sup> “Por fuera es feo el edificio del SIC. Tiene un aspecto sombrío. Por dentro es más feo aún. (...) Me conducen a unas oficinas... (el *Abuelo*) me pone la pelota de periódico en la boca, me pone la funda en la cara y hace un nudo en la garganta... Del patio me llevan en dirección norte, donde inicia la edificación... Al fondo hay un tanque... Está lleno de agua. Miro hacia arriba, veo un pedazo de malla metálica a manera de claraboya y una viga de madera... sacan una soga de una de las paredes... la tiran hacia arriba de tal manera que atravesase la viga para hacerla rodar... el tipo alto de bigotes empieza a jalar la soga hasta dejar mi cuerpo patas arriba, sumergido en el tanque... Me conducen otra vez al patio... Subo una escalera. Llegamos a la segunda planta... a

---

<sup>44</sup> El Servicio de Investigación Criminal (SIC) fue el estamento policial donde se iniciaba el proceso penal en contra de un detenido o detenida, para obtener el parte policial que oficializaba la acusación fiscal. El informe era confeccionado en sus instalaciones, que, a más de las oficinas administrativas y celdas, comprendía un laberinto adecuado para la tortura.

<sup>45</sup> El testimonio *El cementerio de los vivos* fue guardado por la madre de Jarrín y su publicación se la hizo varios años después, en julio de 1998 por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En abril de 1985 Jarrín fuga del Penal junto a Manuel Cerón, Hamet Vásconez y Rubén Ramírez. El 10 de octubre de 1986 aparece asesinado en Quito.

mano derecha hay una puerta destartalada, entramos. Es un salón grande, no hay más muebles que un escritorio viejo, hay una escalera... dos agentes me toman un dedo pulgar cada uno y me lo van envolviendo con una tira de franela roja. Encima de la franela envuelven muy apretadamente un pasador de zapatos... de la escalera sacan una soga, la atraviesan por una de las vigas y amarran los pasadores a la franela, no sé. Jalan la cuerda. Siento que los brazos se me van” (1998, 60-61).

Se trata de una instalación que deja ver las prácticas que se cometen allí. El documento es extenso en describir el manejo pormenorizado de las técnicas de tortura por parte de un cuerpo policial protegido por el Estado ciego.

Las prácticas punitivas del sistema represivo funcionaron durante el gobierno de Hurtado escondidas por un discurso que puso énfasis en el contexto de la crisis del sistema productivo por las consecuencias del mercado regional, el conflicto bélico con el Perú, el prolongado invierno y las presiones de los grupos de poder.

La política del Estado y los medios de comunicación se allanaron al mito de que el Ecuador era una “isla de paz”. El mismo Hurtado sostuvo que durante su mandato “el país estaba en completa paz y los líderes guerrilleros del *Alfaro Vive* se encontraban en prisión en el Penal García Moreno” (1990, 179).

Criterio optimista o minimista, a pesar de haber sido consciente del riesgo de la lucha armada desde que percibió las primeras “pintas” en el centro de Quito, cuando se dirigía a su despacho en Carondelet, y vio las consignas del AVC pintadas en las paredes de la ciudad.<sup>46</sup> Además, como cientista social, conocía que el panorama regional con respecto a los alzados en armas era de confrontación abierta: en el Perú el Partido Comunista Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac

---

<sup>46</sup> Hurtado cuenta que, al percatarse de las primeras consignas que el AVC había pintado en las paredes de la ciudad, pidió a su edecán que investigue al respecto. Fuente: entrevista inédita realizada en 1991 por el grupo de investigación de un grupo editorial que nunca publicó la investigación sobre el AVC. Esta transcripción forma parte de un archivo personal.

Amaru aparecieron con guerrillas en el campo y la ciudad; en Colombia se abrieron nuevos escenarios de guerra con el fortalecimiento de los grupos insurrectos existentes (FARC, ELN, M-19, EPL) y la presencia de otros como el Movimiento Quintín Lame, el Ejército de Liberación Ricardo Franco; en El Salvador se configuró el FMLN; y en Guatemala resurgió la Unidad Guerrillera Nacional de Guatemala (UGNG).

Oswaldo Hurtado, al sostener que la *violencia armada* en el Ecuador quedó desarticulada durante su mandato, en un ambiente de respeto a los derechos humanos, no se explica sino bajo la política de hacerse de la *vista gorda* para no tratar el asunto. No quiere ver la violencia social, de la cual el AVC resulta la punta del iceberg. Mucho menos mirará la estatal que se encubre en las instituciones.

Actitud débil en un escenario visiblemente riesgoso. La opinión pública configuró como opción a la candidatura de Febres Cordero, caracterizado por un discurso de mano dura y mesianismo,<sup>47</sup> ganando las elecciones para el periodo presidencial que le sigue al de Roldós-Hurtado.

Existe un panorama simbólico de *oportunidades culturales*, que estimularon la acción violenta, canalizados por un AVC incipiente que cosechaba de las deterioradas expectativas de una democracia que minimizó la rebeldía, la valentía y la decisión de una movimiento que públicamente habían evidenciado su voluntad de lucha y soportado los embates de la represión, aspecto inédito de una organización insurgente en la política del Ecuador.

---

<sup>47</sup> León Febres Cordero se posicionó como líder de la oposición al gobierno de Hurtado, interpellándolo desde el Congreso Nacional, siendo diputado del PSC. Su eslogan de campaña fue “Pan, techo y empleo”, como solución a los problemas del país, al estilo paternalista que caracteriza a los discursos populistas.

## *Genealogía del trauma 2*

La llegada de León Febres Cordero a la presidencia (agosto 1984 - agosto 1988) significó un giro a los retos de la democracia, tanto por la abierta prepotencia de los sectores aliados al gobierno, consignada en la alianza del Frente de Reconstrucción Nacional que lo llevó al poder, como por la voluntad de polarizar a la oposición en torno al terror.

Todos los escenarios de la democracia fueron estropeados por políticas arbitrarias. No hay historiografía que deje de lado *la experiencia autoritaria* de Febres Cordero (Cueva 1988; Hurtado 1990; Estupiñán de Burbano 1991). Incluso la flamante colección Historia Nacional distribuida con el diario *El Comercio* reconoce el allanamiento a los otros poderes del Estado y la represión marcada por asesinatos y la violación de los derechos humanos durante su administración (2005). El Ecuador apareció, por primera vez, en los informes de Amnistía Internacional, ocupando varios capítulos en los que el Estado encubrió la tortura, la desaparición y el asesinato (CEDHU, 1991).

Desde un inicio Febres Cordero hizo alarde de prepotencia, cercando con tanquetas el Palacio Judicial para impedir que las nuevas autoridades se posesionaran en sus funciones. Al año y medio ya sufrió los embates de la brabuconada: con el mismo lenguaje, el comandante de la Aviación, el general Frank Vargas Pazzos, amenazó con los aviones de guerra, sobrevolando el palacio de Carondelet, advirtiendo las implicaciones sobre el negociado del avión Fokker para TAME.<sup>48</sup> Las consecuencias de aquello propinó no sólo una división en el alto mando militar sino un nuevo escenario de conflicto entre el Ejecutivo y el Parlamento, ya que éste le

---

<sup>48</sup> A finales de 1985 el gobierno hizo la adquisición de un avión Fokker para la compañía estatal TAME (Transportes Aéreos Militares Ecuatorianos). El sobreprecio en la compra provocó una serie de inculpaciones entre los personeros del gobierno.

otorgó la amnistía a Vargas Pazzos que había sido apresado, decisión que no fue respetada y alimentó las acciones posteriores de los allegados al general del aire, cuando comandos de la Fuerza Aérea secuestraron a Febres Cordero y a su comitiva en la Base de Taura, a inicios de 1987, exigiendo la libertad de Vargas. En otros ámbitos, el alcalde de Guayaquil de entonces, Abdalá Bucaram, reveló la relación de Febres Cordero con la mafia de Toral Zalamea, acusado de crímenes y otros delitos relacionados a retaliaciones políticas, sobre todo en Guayaquil. Otros dos grupos insurgentes aparecieron en escena, el uno vinculado a escisiones del AVC (Montoneras Patria Libre) y el otro al liderazgo de Gía Bustamante.<sup>49</sup> De la censura al ministro de Gobierno, Luis Robles Plaza, por parte del Congreso Nacional, durante el último año del régimen, debido a los vejámenes cometidos en las dependencias a su cargo, también se hizo caso omiso. El diputado socialista Diego Delgado, quien investigó varios casos sobre crímenes de lesa humanidad, recibió una paliza que casi lo mata; luego se conocería que sus autores estuvieron vinculados al SIC (España 1996). Las amenazas a ciertos medios de comunicación y periodistas, como ORTEL, diario Hoy, también fueron sistemáticas.

El *febrescorderato* impulsó la política neoliberal en el Ecuador paralelo a un discurso de terror, sostenido en todos los ámbitos. Su plan de privatizaciones de los sectores que generan rentas al Estado, las medidas económicas y especulativas en torno a la política de “precios reales” y de fomento a las exportaciones, se implantó aplacando a la oposición tanto de los partidos como de los movimientos sociales. El miedo, el chantaje, las violaciones a la Constitución y la represión fue su estilo de gobierno. Y la presencia del AVC lo justificó todo.

---

<sup>49</sup> Kléber Gía Bustamante participó del proyecto armado impulsado por facciones del PSRE en Esmeraldas a inicios de la década del 70. Luego lideró una OPM que se dio a conocer a partir del plagio y muerte del empresario Antonio Briz López, en 1977 (Villamizar 1994).

El SIC fue reforzado. A comienzos de 1985 se creó el grupo clandestino de la policía SIC-10, encargado de “eliminar subversivos y aporrear opositores políticos”, (España 1996, 46). Se lo formó primero en Guayaquil, luego en Quito y posteriormente en Cuenca. Su funcionamiento se hizo conocer en la opinión pública, a partir de las investigaciones por la desaparición y muerte de los hermanos Restrepo Arismendi, en enero de 1987. Fue un *grupo de elite*, que actuó directamente a órdenes del Ministerio de Gobierno, desde donde se manejaron sus informes, misiones, e incluso sus pagos: “A todos los que éramos de esta unidad policial secreta se nos apoyó con un dinero extra al del salario que percibíamos y tal remuneración se entregaba solo a los que combatíamos a la subversión, mediante la entrega de un cheque aparte” (75).

Como se ve, se vivía un panorama violento, que motivó a un AVC dispuesto a *inmolarse* en nombre de la revolución y la confrontación con la oligarquía. Hacia 1985 la militancia del movimiento creció, su capacidad operativa ganó en experiencia, de hecho los operativos fueron cada vez más espectaculares e insidiosos, como la toma del diario Hoy, la infiltración en las bodegas del rastrillo de la policía de donde se sustrajeron cientos de armas y miles de municiones, la fuga de los dirigentes detenidos por un túnel, el secuestro al banquero Nahím Isaías, el intento de secuestro al empresario Eduardo Grandá Garcés, la retención de funcionarios públicos y ruedas de prensa clandestinas.

En 1986 cerca de un centenar de acciones siguieron el espiral de violencia: tomas radios, panfletarias detonadas, toma de buses y asambleas, repartición de alimentos, asaltos a bancos, atentados a la policía, conformación de una columna militar rural, promoción de sus publicaciones, fuga del militante Leonardo Vera, entre otras.



Para finales de ese año, de los cinco dirigentes máximos, tres fueron abatidos y uno encarcelado. Gran parte de la militancia corrió la misma suerte. Cerca de treinta fueron muertos y/o desaparecidos y más de medio centenar de alfaristas estaban reclusos en prisión. De los enfrentamientos con los miembros de la policía, el AVC fue responsable de la muerte de cinco agentes policiales; precisamente fue en este año que el AVC provocó este tipo de desenlaces.

Hacia 1987 las acciones se limitaron a cierta presencia de propaganda armada, los presos aumentaron a cerca de un centenar, la dirigencia y militancia más cercana fue perseguida y se desarticuló al movimiento. A finales de ese año se replegó obligatoriamente a reorganizarse.

Hablar de *inmolación* del AVC plantea resaltar la dimensión simbólica de su presencia. Fue un contexto en el que permanentemente se fisuró la gobernabilidad y la democracia, de tal manera que se crearon oportunidades para viabilizar prácticas y retóricas alternativas a las impulsadas desde el Ejecutivo. Los movimientos sociales aprovecharon aquello, igual que otros sectores del Estado en oposición, lo que no quiere decir que hayan tenido la misma visión, pero sí el mismo embate de la polarización. Entre ellos, el AVC resultó *sacrificado*, en el sentido de que se constituyó como el paradigma de la víctima de una violencia que se desató con *terror*. Condición que no define la culpabilidad o inocencia de la víctima, sino que identifica el rol de los protagonistas y la manera en que la sociedad ecuatoriana frenó el desencadenamiento de la violencia, cuando no la supo prevenir. Esa manera fue terrorífica.

La política de terror impulsada por el gobierno socialcristiano sorprendió con prácticas de muerte a la sociedad ecuatoriana que no imaginó tantas atrocidades en un régimen de derecho. El desafuero y desenfado con que se desató marcó un *trauma* a la

sociedad ecuatoriana.<sup>50</sup> Las denuncias hablan de prácticas perversas para intimidar, torturar, desaparecer y matar, en un contexto de encubrimiento e impunidad generalizada. Denuncias que no sólo se cuantifican<sup>51</sup> sino que asombran.

Juan Cuvi Sánchez, de 26 años, detenido el 7 de agosto de 1985, a consecuencia de su participación en el plagio al banquero Nahím Isaías, ofrece una idea muy amplia del sentido de aquellas *prácticas perversas* en su testimonio dado a los organismos de derechos humanos, mientras estuvo recluido en la Penitenciaría del Litoral, en Guayaquil. Por su carácter, lo cito a continuación en extenso:

“Permanecí detenido e incomunicado durante 35 días, 10 de los cuales estuve en manos de Inteligencia Militar. El resto los pasé en el cuartel Modelo de guayaquil. “Fui torturado e interrogado durante las primeras 105 horas en forma ininterrumpida, y el único momento en que pude dormir, por espacio de dos horas, fue a consecuencia de los efectos del pentatol sódico (suero de la verdad) que me inyectaron.

“En la primera sesión de tortura me aplicaron “el teléfono”, que cumple una función de ablandamiento. Con las manos atadas a mi espalda, me hicieron arrodillar contra una pared. Parada detrás de mí, un agente me golpeaba sin parar ambos oídos con la palma de las manos. Luego hacía lo mismo con mis ojos con la yema de los dedos. Esto produce sordera y ceguera momentáneas y un terrible dolor de cabeza.

“Después fui conducido a la piscina del cuartel, donde me aplicaron el “submarino” con las manos y piernas amarradas. Una vez concluido, pasaron al

---

<sup>50</sup> Una experiencia de terror es muy susceptible que provoque un trauma. Sigmund Freud se refiere específicamente a la patología de la “neurosis traumática”, que suele producirse ante una relación de terror. Es decir, al estado en que una persona cae cuando corre un peligro sin estar preparado y el factor sorpresa le impacta. Este criterio se comprende más ampliamente cuando se diferencia entre angustia, miedo y terror, entendidas usualmente como sinónimas. “La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación ante él, aunque se trate de un peligro desconocido; el miedo requiere de un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente, se llama terror al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor sorpresa” (1976, 12).

<sup>51</sup> 119 homicidios, 236 casos de tortura, 203 de incomunicación, 99 de violación domiciliaria, 477 de arrestos arbitrarios, durante el periodo febre-scorderista (CEDHU, Derechos del Pueblo, No. 49, 1989)

garrote. En posición de “trípode” (formando un arco apoyado solamente en la cabeza y en la punta de los pies) me pateaban el estómago y las canillas alternativamente para obligarme a caer contra el piso en forma brusca. Con el garrote preferían golpearme en las nalgas, muslos, riñones y brazos.

“Durante aquellos cinco días en que la tortura fue más intensa, entre cada sesión me mantenían en “plantón” de rodillas. Horas de horas arrodillado frente a una pared sin poder moverme. Si me sentaba o me desplomaba por cansancio, me obligaban a incorporarme a patadas o palazos. Insultos, bofeteadas, patadas y trompones complementan las distintas sesiones de tortura.

“Los desgonces son una de las torturas más salvajes, en especial cuando, acostado boca abajo y con los brazos atrás, los forzan de tal manera que las manos terminan tocando el piso delante de la cabeza.

“Vino después la funda o “submarino seco”. Me colocaban una funda plástica y la llenaban de gas lacrimógeno hasta provocar la asfixia. Eran tan profesionales que siempre aflojaban el preciso instante en que me iba a desmayar.

“Otra sesión la destinaron al palo con clavo. Interminables veces me dejaron caer en la cabeza un pequeño y aparentemente inofensivo palo. Al comienzo no me explicaba por qué me dolía tanto, hasta que una semana después me curaron de una fuerte infección. El médico que tuvo que raparme parte de la cabeza, me dijo que tenía decenas de huequitos hechos al parecer con un clavo.

“También me tocó la famosa “guindada” de los pulgares. . Fue la única vez que me desmayé, consecuencia de la desgonzada al cabo de un largo rato de estar colgado. Únicamente escuchaba mis propios alaridos y solo tuve tiempo para oír un fuerte crujido en mis hombros antes de perder el conocimiento.

“La segunda vez que me guindaron en la cárcel de Manta me golpearon la espalda con un grueso tronco de balsa para no dejar huellas, previamente me amarraron un costal de cáñamo doblado varias veces en el lugar de los impactos.

“La “cama china” es otro de los macabros que tuve que soportar. En un sommier ubicado en posición vertical y subido sobre una mesa, me amarraron con los brazos abiertos, de modo que quedé verticalmente crucificado. Un principio no sentí dolor intenso, pero al cabo de diez minutos el peso de mi cuerpo era insoportable para los músculos de los brazos y de la espalda. Sudaba copiosamente respiraba con extrema dificultad y perdía energías a un ritmo acelerado. Mientras permanecía en esa posición me quemaban el pecho, los brazos y los hombros con cigarrillo, me arrancaban vellos de las axilas o pelos de la barba y me introducían pequeñas láminas de metal en las uñas.

“Una noche fui llevado a una cancha de tierra del cuartel. Acostado boca arriba, y mientras dos agentes se pararon en mis tobillos y muñecas, un oficial dejaba caer una carabina sobre mi pecho y mi pelvis alternativamente, o me golpeaban con el cañón entre las costillas. Luego se me paraba con un pie en el estomago y el otro en la garganta y daba saltitos hasta dejarme sin aire. Al concluir la sesión oriné sangre.

“Un amanecer, entró un oficial con un garrote y me dijo que era experto en hacer escupir pulmones. Me hizo arrodillar y me golpeó la espalda como loco. Al poco tiempo se cansó y se fue.

“La aplicación de electricidad es otro instrumento favorito de los torturadores. Un agente me bajó los pantalones y me enrolló en el pene un pedazo de alambre pelad. Luego conectó los dos extremos al tomacorriente y con la punta que quedaba libre me topó el año. Sentí que un inmenso taladro me atravesaba el vientre de atrás hacia delante y aunque estaba sentado pegué un salto a dos metros de distancia.

Repitieron el acto muchas veces y al final tenía un terrible dolor en los testículos y el pene desollado.

“Durante los 35 días que duró mi cautiverio las torturas psicológicas fueron constantes y diversas: amenazas de matar a mi familia, amenazas de violación, simulacros de fusilamiento. Sin embargo, recuerdo particularmente dos. La primera fue el intento de hacerme sentir culpable por la muerte de mi padre, que se había producido en esos días sin que yo lo supiera. La segunda estuvo a cargo del coronel Gustavo Gallegos, quien trató de chantajearme aprovechándose del estado de salud de Juan Carlos Acosta. “Mira, me dijo, voy a ser claro. Juan Carlos está herido, pero no de gravedad, y seguramente se recupere en algunos días más. Yo he intentado hablar con él pero no me dice nada. Tú conoces que yo no maltrato a los detenidos, pero si no tengo información pronto es seguro que me releven y pasen a tu amigo a órdenes de otros que sí maltratan... los mismos que te investigaron a ti. Yo no creo que Juan Carlos pueda sobrevivir a semejante trato. Piénsalo bien: si no quieres que a tu amigo le hagan lo mismo que a ti, entonces habla” (CEDHU, 1991, 68-71).

Jun Carlos Acosta Coloma, de 27 años, terminó asesinado, a consecuencia del maltrato que fue sometido luego de que lo apresaran el 26 de agosto de 1985.

El relato de Cuvi representa una de las más duras revelaciones en torno a las prácticas y secuelas del terror oficial. No hubo preso ni detenida del AVC que no haya sido expuesto a varios de los vejámenes descritos por él. Las amenazas de violación sexual a los detenidos fue otra constante y con las mujeres, el acoso y abuso sexual fue el eje de la tortura. A Ketty Erazo, cuando la detuvieron en Quito el 22 de mayo de 1986, luego de guindarla de los pulgares, quemarle la planta de los pies, asfixiarla con la funda y gas lacrimógeno, durante tres días, para seguir intimidándola la

pusieron en la misma celda con Daniel Camargo, detenido por la violación y muerte de docenas de niñas y adolescentes.

El accionar decidido de quienes forjaron el movimiento de derechos humanos en el Ecuador tiene mucho que ver con el haber divulgado y filtrado a la sociedad lo que estaba ocurriendo en las dependencias policiales y militares, con todas las víctimas del terrorismo de Estado. La opinión se hizo eco de esta realidad que llegó a ser un eje de la oposición política al régimen. El ministro de Gobierno fue censurado en un juicio político a finales de 1987, que arrancó lágrimas a protagonistas y espectadores, el panorama dramático cubrió con su manto la tragedia de la represión.

La imagen de firmeza con la que ganó las elecciones Febres Cordero se transformó en un referente de arbitrariedad y terror.

### ***Genealogía del trauma 3***

El triunfo electoral de Rodrigo Borja Cevallos en el siguiente periodo constitucional (agosto 1988 – agosto 1992) representó, entre otras cosas, un giro radical con respecto a la política de su antecesor, direccionado hacia una voluntad de institucionalidad y concertación. La oposición democrática encauzó la violencia suscitada, conteniéndola y sancionándola con mecanismos de diálogo. El discurso de la *concertación* se impulsó con la participación de sectores que venían conformándose con una mayor capacidad de organización, como el movimiento indígena. El reconocimiento estatal se desarrolló dentro de una política de asistencia social en torno a la educación, la salud, el fortalecimiento del Estado como ente protagonista de la inversión en los sectores productivos y de dotación de servicios (Estupiñán de Burbano 1991).

Hacia julio de 1988 el AVC se había reorganizado y tres meses después volvió aparecer con “bombos y platillos” en el barrio popular La Ecuatoriana, al sur de Quito, haciendo una “toma” simbólica de su territorio, para exigir un “Diálogo Nacional”.

Las tomas de radio, las ruedas de prensa clandestinas y las recuperaciones económicas fueron las acciones que antecedieron a los 8 meses de gobierno, para acordar un freno a las acciones armadas e iniciar un proceso de negociación abierta que llevó a la entrega de armas el 26 de enero de 1991. Este proceso que implicó la abolición del SIC, pero no una política de esclarecimiento y sanción a los responsables de los atropellos, ni mucho menos del fin de la arbitrariedad y flagelo del sistema judicial. De hecho, las nuevas denuncias señalaron a la flamante Policía Judicial.

### *Otras resonancias del trauma*

Elizabeth Jelin también retoma el concepto de “trauma”, para hacer una alegoría, en la memoria de la sociedad, de lo que sucede en la psiquis de una persona cuando vive una relación de terror. Esta estudiosa de la memoria social explica la intensidad y permanencia en la “memoria colectiva” de aquellas huellas dolorosas provocadas por las dictaduras militares, que recurrieron al crimen desde el Estado para gobernar, y que han dejado un fuerte referente del pasado que ha impedido retomar un presente que responda a las expectativas de un futuro (2002, 4-5). Este trauma que evoca al pasado y lo posiciona en el ahora, con tal intensidad, que limita se proyecte la sociedad en los nuevos retos y circunstancias del hoy.

Lo sucedido en otros países con respecto a los olvidos y recuerdos de aquellos hechos históricos *traumáticos* plantea una reflexión interesante para el Ecuador contemporáneo.

En España, luego de que muriera el dictador Francisco Franco en 1970, los sectores políticos *acordaron públicamente una amnesia colectiva*. Los crímenes perpetrados durante la dictadura se cubrirían de un manto de olvido para asumir el proceso democrático que enrumbaría a este país hacia la integración europea y evitaría la confrontación que dividió a los españoles durante cuatro décadas. Desde entonces, el silencio concertado sobre el tema permanece vigente, y las heridas si bien no quedaron cerradas, son políticamente canalizadas. Por ejemplo, a finales de marzo de 2005 se filtraron ecos de aquella memoria y se retiraron de la escena pública los últimos monumentos que conmemoraban la imagen del dictador Franco en las plazas y avenidas españolas. El gobierno de Sánchez Zapatero justificó el hecho argumentando la poca estética de las obras. Calló la justificación política de aquellas ordenanzas con el fin de preservar aquella amnesia acordada que ha posibilitado al pueblo español sostener una visión de integración.

En Chile el olvido vino desde arriba, una vez que Augusto Pinochet dejó de ser dictador y el proceso democrático que le sucedió fue con una fuerte presencia del poder militar, desde 1990. El esclarecimiento de las violaciones a los derechos humanos por el Estado, a partir del golpe militar de 1977, que acabó con la vida del presidente Allende y de miles de chilenos y extranjeros acusados de comunistas, ha transitado por un proceso de lucha que confronta la versión oficial sobre el holocausto chileno, silenciado a nombre del beneficio de la prosperidad económica de ese país. Actualmente, en Chile, la democracia se encamina con la *memoria*, no con el olvido. En Uruguay un proceso similar tomó iniciativa a partir de la posesión de Tabaré



Vázquez en la presidencia, quien anunció, el 1 de marzo del año en curso, su compromiso de correr los velos sobre los crímenes cometidos por la dictadura que gobernó ese país durante 1973 y 1985. La prensa habló de 150 desaparecidos en Uruguay, 182 uruguayos desaparecidos en Argentina, 8 en Chile, 2 en Paraguay y 1 en Brasil.<sup>52</sup> Datos que a más de dar una magnitud de los atropellos, también da a conocer la política de la cooperación internacional para cometer los crímenes de lesa humanidad.

Estos referentes guardan en común la instauración de cruentos periodos dictatoriales en los que el genocidio fue el mecanismo para aplacar a la oposición, acusada de comunista. En cada caso hay un tratamiento diferente, pero en los tres países las sociedades asumen una posición con respecto a los crímenes y violaciones perpetrados porque aquello impide reconciliar sus relaciones y proyectarse en una perspectiva de unidad, democracia y progreso para el futuro.

En el Ecuador el tema de los crímenes y abusos de poder se pasan por alto hasta el presente, y sus consecuencias, por tanto, tampoco se quieren ver. En nombre de combatir a la subversión las violaciones quedaron como “casos particulares donde han ocurrido excesos”, versión oficial que comparte el discurso estatal y la opinión pública, aunque existe una memoria latente y una amplia documentación registrada sobre las denuncias hechas por violación de los derechos humanos, referida al periodo de este estudio, que reposa en los organismos de derechos humanos, en organismos no gubernamentales y en instancias estatales como el Congreso Nacional y el Tribunal de Garantías Constitucionales.

En el Ecuador la amnesia no se ha concertado sino que se la asume como parte del repetido *mea culpa* que se hace sobre la debilidad democrática.

---

<sup>52</sup> *El Comercio*, A10, 14 de abril de 2005, Quito.

### *La violencia asechante*

El conflicto armado nace de las tensiones políticas que no puede contener la institucionalidad, en este sentido asedia permanentemente. Las sociedades han sabido reconocer que la violencia asecha en las relaciones humanas, porque las diferencias no se toleran fácilmente, por tanto, cuando se manifiesta esa intolerancia –que en definitiva significa una pretensión de imponer similitudes–, se desborda en una espiral de venganzas. Esta comprensión ha incidido en la manera de prevenir aquello según los patrones culturales de cada pueblo, así, por ejemplo, los ritos que sacrificaban a los gemelos, cuando estos nacían, se explican en la intención de prevenir aquello que les anunciaba la presencia de la violencia: dos seres idénticos. El sacrificio no representa sino la huella de una voluntad de convivencia, antes que de destrucción.

Las sociedades modernas miran la función preventiva en el campo normativo, de esta manera, la violencia que tiende a desatarse en reciprocidad destructiva se frena ante la sanción judicial. Siempre hay una víctima, justificado a nombre de la culpabilidad por cometer una infracción, que representa la voluntad por retomar una convivencia institucional.

El sistema judicial de la democracia representa esa *última palabra*, que determina la manera de vengar, instituyendo la sanción y el castigo; en esto consiste la legitimidad de la violencia judicial, frente a ilegitimidad de la insurgencia. Las víctimas no están signadas por la culpabilidad o inocencia sino por la representación del sacrificio que impide que se desarrollen la violencia en una escalada interminable (Girard 1995).

Lo tratado en este ensayo, hasta el momento, presenta a un país dispuesto a la violencia desencadenándose en cadenas de venganza. Bien se puede afirmar que el

AVC respondió a un proceso de compresión de la alta conflictividad de la sociedad ecuatoriana, retenida durante las dos últimas décadas anteriores a su aparición, con respecto al proyecto revolucionario pendiente, impulsado desde la izquierda, y a las políticas de un Estado que reprimió y asistió de manera ambigua. Es decir, un proceso en el que las marcadas diferencias culturales, socio económicas y políticas no lograron ser canalizados por la escueta institucionalidad que vivió el país durante los 60 y 70, de tal manera que el emergente ingreso al paradigma democrático, a finales de los 70, no pudo contener la confrontación entre los sectores opuestos.

Las agitadas y masivas movilizaciones que caracterizaron a las protestas de los años 60 lideradas por los jóvenes, y en los 70 por el movimiento de trabajadores, fueron atendidas con reformas desde el Estado, pero sobre todo con incertidumbre, inestabilidad y represión. El ritual democrático que se inauguró en 1979 no fue suficiente, no pudo contener el conflicto ni sostener su legitimidad y autoridad frente a los sectores polarizados, y al poco tiempo evidenció su debilidad institucional cuando el sector más prepotente y autoritario de la sociedad ecuatoriana asumió el gobierno y clamó venganza contra la oposición, en nombre de los insurrectos: “La violencia largo tiempo comprimida siempre acaba por esparcirse por los alrededores; ¡ay de quien, a partir de aquel momento, quede a su alcance!” (Girard 1995, 37).

Cuando la violencia se hace manifiesta otra aparece para contenerla, y mientras más se quiere dominarla más se la alimenta. A la violencia insurgente irrumpió abierta y desmesurada la violencia del terror de Estado. La primera se había mantenido en un ámbito de anuncio y advertencia, apelando a la institucionalidad para que rectifique su rol preventivo de una mayor conflictividad y canalice las diferencias en pugna, situación inicial que se dio mientras gobernó Hurtado. Pero que terminó

poniéndose al frente del embate represivo cuando le sucedió el gobierno de Febres Cordero.

Mientras el AVC se posicionó como víctima de la violencia, otros se fortalecieron en las dinámicas democráticas. El chivo expiatorio de lo indio y el mestizaje, sufrió una ruptura consecuencia del trauma del terror.

Las políticas del recuerdo, asumidas por otros gobiernos, no representan sino la voluntad de resignación social frente al terror, sancionado y/o inculpado, para que el pasado no se impregne en el presente con sentimiento de venganza, lo cual es un aspecto pendiente en la democracia ecuatoriana.

### Capítulo 3

#### **Identidades secretas que se delatan**

No hay constitución del sujeto fuera del orden simbólico. Y, para tratarlo, con respecto a los *alfaros*, un trabajo de memoria e historiográfico ha sido el que se ha desarrollado en gran parte del presente ensayo, contextualizando aquellas *resonancias culturales* que acompañaron al AVC para constituirse como sujeto social.

Esto no quiere decir que hubo un panorama histórico que haya enmarcado, determinado o fijado una manera de ser de quienes nos sentimos pertenecer al AVC. Si bien incidió, fue en movilidad; es decir, en el dinamismo que imprimen las relaciones sociales de entramados complejos y amplios, donde la idea de equilibrio se hace precaria y la vulnerabilidad de los grupos los marca como transitorios, pues su destino no es sino el disolverse al poco tiempo de haberse conformado (Delgado 1999). Esto dice del carácter ilusorio de aquella pertenencia al movimiento, pues la percepción idealizada del grupo, tanto como modelo en construcción (incluyente), como referente diferenciador (excluyente), pertenece al circuito de intercambio simbólico en un mundo que, en la década de los 80, ya se globalizaba aceleradamente.

En este sentido, una generalización en torno a la juventud y la composición urbana de los miembros del AVC –pues se ha visto que en general la edad de los presos y de las detenidas no rebasaron los 26 años, y su procedencia se relacionó a las redes dentro del movimiento estudiantil y la organización barrial–, limita una perspectiva más amplia sobre la incidencia del movimiento y la conformación de su militancia y redes de apoyo.

La organización del AVC también creció en el área rural, sobre todo en las provincias de Esmeraldas y Manabí, donde el movimiento trabajó, desde un inicio, las bases para la conformación de un frente guerrillero. De hecho, la permanente

presencia militar en estas zonas impidió lograr tales objetivos. La efectividad operativa y de inteligencia del ejército ecuatoriano para controlar las zonas fronterizas con Colombia, fue la causa para que el AVC siempre fuera golpeado en ese escenario de interés para las acciones insurgentes.

Algunas muestras que dejaron ver un trabajo de colaboración entre la población rural y la *alfarada*, están relacionadas con los hechos en los que se produjeron detenciones a varios de los miembros del AVC. Desde la primera escuela de formación que se dio en octubre de 1983, en Colope, donde cayó detenido el primer contingente del AVC, hecho referido en páginas anteriores; incluyendo los inconvenientes que ocurrieron alrededor de la realización de la II Conferencia Nacional del movimiento, en la zona de Borbón, en agosto de 1985, cuando fueron apresados tres alfaristas, entre ellos Luis Vaca que terminó desaparecido. O lo que sucedió con el trabajo campesino en la zona de Quinindé, por el cual fue detenida, torturada, desaparecida y asesinada Consuelo Benavides, a finales de 1985.

Similares observaciones habría que hacer en torno a la logística que existió en Imbabura, Carchi y Napo, zonas de frontera y estratégicamente importantes para los fines insurgentes, en el plano de la guerra.

Con respecto a la edad de los integrantes, resulta estrecho encasillar en la juventud la participación de gente como Pedro Moncada, Edgar Frías o Santiago Kingman, que sobrepasaron los 30 años cuando se integraron al proyecto alfarista, o Iván Camacho y Piedad Yerovi que, cuando fueron detenidos, tenían más de 40 años. En igual sentido, configurar un componente de género está por demás aplazado; aproximadamente la sexta parte de los detenidos fueron mujeres. Aunque este trabajo recurra a la memoria, deja pendiente una historiografía acerca de la insurgencia del AVC en el país.

El presente capítulo plantea un acercamiento a aquella visión de colectivo que forjó a los *alfaros*, sobre todo en lo que tiene que ver con sus liderazgos, pues son ellos los que canalizaron e interpretaron los intereses de un colectivo.

Previamente vale recordar que el AVC nació de un trabajo muy ligado a los antecedentes políticos de los movimientos marxistas, como el Movimiento de Izquierda Revolucionario, el Movimiento Revolucionario de la Izquierda Cristiana, la logística del M-19 en el Ecuador, la Organización de tendencia troskista, el Socialismo Revolucionario, entre otros, de donde provinieron quienes *fundaron* el AVC. Si bien estas relaciones políticas iniciales se mantuvieron permanentemente, a partir del segundo año de presencia en el escenario público, la política del AVC priorizó la creación de espacios propios con otros sectores de tendencias socialdemócratas y populistas, pues su ideología impugnó a la democracia burguesa demandando su plena constitución, y se separó desde un inicio de un proyecto que proclame la lucha de clases como eje de una transformación política y social.

Las relaciones con ciertos sectores de la Izquierda Democrática (ID), el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) y Acción Popular Revolucionaria del Ecuador (APRE), fueron muy incipientes y se remitieron a enlaces específicos, aunque significativos en cuanto orientaron su visión de alianzas. Lo mismo se puede decir de los vínculos con algunos personajes allegados a los Frentes Sandinista y Farabundo Martí de Liberación Nacional, en Centroamérica. El único aliado incondicional fue siempre el M-19 de Colombia. No se exagera al afirmar que el AVC vivió en solitario su configuración. Esto bien deja hablar de la debilidad del movimiento y explicar su desenlace como actor social, pues hasta el último momento que pretendió organizarse como partido político después de la entrega de armas, no logró concretar, de manera consensuada, alianza con algún sector social o político, y su futuro se definió, éste sí

en consenso, en un auténtico *haraquiri*, al decidir la dilución de los militantes en los diferentes partidos o movimientos como ex alfaros.

Sin embargo, esta *soledad* que caracterizó al AVC, más allá de una identidad generacional, ideológica, o de estratificación socio económica, y de aquellas explicaciones de orden psicológico que indagan el grado de identificación con impulsos destructivos de los militantes, la filiación política de la familia que procede cada uno, o el grado autoritario de los padres por el cual se justifica una respuesta personal al autoritarismo, aspectos que también se estudian para comprender las motivaciones individuales que propiciaron la participación en organizaciones clandestinas (Della Porta, 1998). El escaso vínculo con otros sectores de la sociedad ecuatoriana que alcanzó el AVC responde también a una estructura de cacicazgos en la política, que impide nuevos protagonismos que no estén relacionados a uno u otro grupo de las elites, sean de izquierda, centro o derecha, ideológicamente hablando. Un AVC dispuesto a jugar en el escenario de la coyuntura difícilmente podía ingresar al tablero de la política sin ser aislado. Su condición de clandestinidad reforzó aquello, a pesar de que permanentemente buscó sortear esa barrera impulsando alianzas.

Prácticamente, el compromiso de *lealtad* entre los miembros, que juega un papel importante en toda organización política, en el AVC fue decisivo.

La *lealtad* fortaleció los lazos de amistad en torno a una dinámica de intenso riesgo y encubrimiento de las actividades clandestinas. Las relaciones con el AVC se encubrieron de un peligro latente. Las emociones que se compartieron en cada acción, por más simples que estas fueron, generaron vínculos fuertes, tensión característica del funcionamiento secreto.

*Esta lealtad* seguramente no fue un rasgo novedoso dentro de los actores de la sociedad civil que antecedieron al AVC, como los movimientos de trabajadores,



campesinos y de estudiantes, ya que este tipo de lazos tienden a desarrollarse en condiciones de protesta y represión, situaciones que fueron constantes durante las décadas de los 60, 70 e inicios de los 80. Sin embargo, la novedad en el AVC implicó que este tipo de relación haya sido un eje, porque esto le garantizaba el manejo de la clandestinidad, pues en toda *societas secreta* quien comparte el secreto también puede revelarlo, paradójicamente, y esta tensión estructura su organización (Fabbri, 1995). Estos lazos de amistad dentro del AVC fueron criticadas como una debilidad del movimiento y se caricaturizó como si se tratase de una organización de familiares y amantes (Terán, 1994). Quizá lo que se cuestiona y exagera tiene que ver con la ambigüedad, lo efímero y la poca trascendencia con que se ha visto su presencia en la política nacional.

Sin embargo, tratar sobre las identidades de los *alfaros* también implica mirar cómo aquel dinamismo de lealtades provocó un impacto en los imaginarios de la sociedad ecuatoriana, sea con ambigüedades, exageraciones, imprecisiones, especulaciones y todo ese complejo entramado que puede crear la imaginación en torno a un *objeto*<sup>53</sup> que persuade con sus simbologías que lo idealizaron.

Si bien la imagen más posicionada del AVC giró en torno a la delincuencia organizada, el terror, la violencia desatada, el crimen, el radicalismo, en otras *infamias* también se construyó como un referente del *pensamiento utópico* que lleva a la búsqueda de alternativas. Peko Andino, dramaturgo y guionista de televisión, al ser entrevistado sobre la literatura de los 90, habló de pertenecer a una generación que fue desaparecida, torturada y fundadora del primer movimiento subversivo en el país, refiriéndose al AVC: "...vivir ese proceso fue tenaz. Y no sólo para quienes fueron en

---

<sup>53</sup> Para Boudrillard el *objeto* se constituye en tanto remite a un fuerte componente simbólico. La imagen persuade en tanto hace de las características materiales "sólo un pretexto" para construir aquellas simbologías que se asocian a carencias, vacíos, evocaciones de la infancia, pretensiones, satisfacciones (1969). Si bien con este argumento él explica la intencionalidad de las imágenes publicitarias, la imagen de un actor político no está exenta de esta construcción idealizada.

algún momento agarrados por la Policía, sino para quienes estábamos inéditos, en nuestras casas, mordiéndonos la lengua para no hablar, no escribir” (2000, 42). Esa identidad le dio fuerza para, en la entrevista, increpar al sistema educativo del país, como un escenario instituido de un esquema represor.

Burbano de Lara fue enfático con un AVC que desilusiona cuando negocia la entrega de armas: “Mientras estuvo en la clandestinidad, algo de eso encarnaba Alfaro Vive. Implicaba un cuestionamiento al orden, al poder, a los aparatos represivos del Estado, a la misma política. Reivindicaba esa burla cotidiana al poder estatal, a su ejercicio, a su omnipresencia. Liberaba energías y despertaba complicidades secretas. AVC subvertía la relación tradicional –de sometimiento– de la vida social al orden político” (1991, 4A). Esta desilusión no lo lleva a estar de acuerdo con la subversión del AVC, pero le permite advertir la hegemonía de un sistema político que se conserva en la perspectiva del estatismo de la democracia ecuatoriana, clientelar y electorera.

Estas identidades emergieron en la opinión pública una vez que el AVC entregó las armas y las condiciones políticas dejaron de ser de represión generalizada, impidiendo que se tratara al fenómeno con diferentes perspectivas a las polarizantes.

La construcción de ese imaginario con el que persuadió el AVC a la sociedad ecuatoriana para que se sienta, de una u otra forma, parte de sus reivindicaciones políticas, se dio en gran medida desde la cárcel, tanto por la significativa presencia de sus militantes y dirigentes en este escenario, como por la condición que impuso el encierro, de imperativa interpelación a los detenidos. La manera de increpar fue violenta, tanto a su mente como a su cuerpo. El hecho del encierro implicó una fractura que buscó respuestas y el afán de encontrar una versión de las cosas hizo de la anacronía de la prisión un tiempo presente marcado por un futuro en perspectiva,

porque los detenidos del AVC se reconocieron como presos políticos, lo que los convirtió en voceros del proyecto rebelde democrático y anti oligárquico. En la cárcel se fraguaron los liderazgos y legitimaron internamente para su protagonismo público, pues se trató de una organización que reconoció el *caudillismo*, ese liderazgo que hace del dirigente un ser sobredotado, carismático, que sabe expresarse con un lenguaje conocido por la masa y crea prestigio al movimiento. En este sentido, los alfaros se vieron más identificados con un liderazgo populista, característico de la política ecuatoriana, que con uno que oculta la personalidad para anteponer una imagen de colectivo, propio del Ejército Zapatista, según Harvey (2000).

En todo caso, la cárcel tuvo mucho que ver con la credibilidad y la confianza en aquellos personajes protagónicos que orientaron y congregaron al colectivo del AVC, porque allí se imprimió un sello de valentía y convicción que da el accionar en situaciones de riesgo. Estas cualidades también se valoraron dependiendo del nivel de participación de un militante en los operativos realizados, sin embargo, fue común reconocer a la dirigencia en función de su comportamiento en la prisión, entre otros aspectos. En cierta forma, el encarcelamiento avaló una actitud consecuente con el imaginario alfarista. Resulta decidor al respecto, que trece de los quince dirigentes elegidos en la III Conferencia Nacional del AVC, en julio de 1988, vivieron el encarcelamiento, y los dos restantes tenían el estatus de perseguidos por estar fichados en las listas policiales.

A continuación se tratan algunos referentes de aquellos liderazgos que dejaron un testimonio en la cárcel. Ese relato permite aproximarse hoy al significado de su experiencia.

***La imagen del comandante: decisión, denuncia y nada de lágrimas***

Arturo Ricardo Jarrín Jarrín fue el líder más representativo del AVC. Dentro del movimiento creó una imagen de respeto profundo por su convicción, inteligencia, valentía y un carisma que incluso infundió cierta veneración idealizándolo como el “Che”, en versión criolla. Esto no quiere decir que no tuvo detractores internamente. Uno de ellos fue el sector dirigido por Fabián Ramírez y Lourdes Rodríguez, provenientes del MIR, y que terminó separándose a inicios de 1985 para crear su propia OPM: Montoneras Patria Libre. Otros que no estuvieron de acuerdo con el liderazgo de Jarrín fueron aquellos relacionados con la dirección de Ricardo Merino, también ex MIR, quienes se desligaron del movimiento, prácticamente desde un inicio, y que trabajaron por su cuenta convencidos de un AVC que debe construir el respaldo de una base social. Los primeros terminaron también diluyéndose en la sociedad civil durante el gobierno de Borja, de una manera silenciosa, sin eco público. Y los segundos fueron los únicos infiltrados por el aparato estatal siendo brutalmente reprimidos (España, 1996). Estos aspectos también quedan pendientes en la amnesia de los ecuatorianos.

Jarrín dejó valiosos testimonios desde la cárcel, su texto más extenso ha sido referido en este ensayo. También dejó cartas que alientan a sus compañeros, los orienta con sus reflexiones y conspira contra las elites: “Creo que aunque poquitos, sí podemos hacer muchas cosas... nos golpean y nos seguirán golpeando... Considero que si actualmente esperamos a ponernos en orden, a estabilizar lo detectado, lo que va a pasar es que nos hagan mierda orgánica y políticamente. El problema actual más que orgánico es político y esto va a ser la base que nos permita conformar una auténtica fuerza militar”, le escribe en septiembre de 1984 a Fausto Basantes, segundo en la dirección del AVC. Sus palabras identifican la audacia con la que se debe actuar

para incidir en la política y la ambición con la que se debe proceder para convertirse en un referente de poder.

En lenguaje coloquial sus reflexiones convencieron a muchos y evocaron admiración. Su lugar fue el de los héroes americanos y como tal actuó: “Uno de ellos tiene un libro de Bolívar en sus manos. Le pregunto si ha leído a Bolívar. Responde que no, que qué dice Bolívar. En muy pocas palabras le señalo el ideal bolivariano: libertad, soberanía, independencia y una sola América. Vuelve a preguntar: ¿quién más sabe venir? Retorno a mi silencio. Respuesta: más golpes, amenazas y retos: ‘vamos a ver si en el SIC sigues hecho el machito’, el otro me amenaza con darme un tiro y acerroja su arma apuntándome a la cabeza (a no más de 5 centímetros). Le digo que lo haga. Baja el arma y vienen más golpes. Afirma: ‘Tú no viniste solo, viniste acompañado, ¿a dónde se fueron los otros?’. Le sigo que no sé y que él vaya a buscarlos. Se disgusta, y más golpes. Insiste en la amenaza: ‘vamos a ver si con mi capitán Vargas sigues hecho el machito’ ” (1998, 51).

“(…) recuerdo a Espejo, a Juan Borja, recuerdo a Amador Viteri, A Luis Vargas, a José Montero... Me imagino a Abel Santamaría, a Raúl Sendic, a Ana Guadalupe Martínez, a los hombres y mujeres que han luchado por una América libre y soberana” (54). Por su memoria recorrieron aquellos personajes que lucharon por un Ecuador más digno, como aquellos dirigentes revolucionarios de América Latina que sufrieron las secuelas de la tortura, y que para Jarrín le dan sentido a su padecimiento en el SIC, como un acto de compromiso y ejemplo.

Heroicidad de sacrificio, de entrega y aguante a nombre del ideal. En las ochenta páginas, de las ciento veinte que forman su testimonio, registra los rasgos del terror, que impactan por la precisión de su relato, la ironía frente a los torturadores y el convencimiento de su silencio.

Valentía ejemplar para muchos, que la supieron mantener; o frustrante, para muchos otros, que la sintieron defraudar, sobre todo en los momentos de flagelación en la tortura, donde ocurrieron innumerables delaciones y algunas negociaciones con los captores, llegando a “pactar” el fin del maltrato, o incluso la libertad del detenido, a cambio de datos que posibilitaron la captura o la muerte de otros militantes. Prácticamente, la desarticulación del AVC recayó en su propia estructura, antes que en la efectividad del espionaje estatal. No hubo infiltración en el AVC, y lo sucedido en las estructuras de Cuenca, lideradas por Ricardo Merino que funcionaron independientes del AVC, se explica por un trabajo político muy ligado a la universidad pública, por donde los agentes policiales conectaron con la organización de Merino.

Los héroes también causan frustraciones, sobre todo cuando los hombres y mujeres de carne y hueso, midieron sus poderes frente a los embates de la realidad. Aquella visión romántica del guerrillero heroico marcó un rasgo identitario muy fuerte en aquellas generaciones, no se diga en la militancia del AVC, quien se creyó designada a realizarla en carne propia, sin embargo, frente a las adversidades de la vida insurgente las decepciones también fueron significativas.

Para dar un ejemplo, recorro a la anécdota, en el trabajo de memoria, que se mantiene en el anonimato por la “vergüenza” o “des crédito” que evoca. Así lo vivió *Santiago*, cuando fue detenido, como consecuencia de su participación en el asalto al Banco del Pacífico en junio de 1984, en Quito. Durante la tortura reveló la dirección de la casa en la que se reunieron previamente al operativo. Los policías la allanaron y, al encontrarla vacía, prepararon una celada que produjo el apresamiento de Arturo Jarrín. La culpa que sintió *Santiago*, le llevó a sentir temor de que se tome represalias en su contra y decidió apartarse del colectivo dentro de la cárcel. Se imaginó lo peor,

porque *Santiago* provenía de la militancia de una OPM que tomaba medidas disciplinarias drásticas, como encierros prolongados, maltratos, entre otras cosas. Al delatar el lugar donde apresaron al máximo dirigente de la *alfarada*, le invadió el *miedo*.

Para ampliar un poco al respecto, el AVC también incurrió en la práctica de las “sanciones” cuando algún militante caía en una “falta”, que básicamente consistían en ejercicio físico como “patitos por llegar atrasados”, “abdominales por quedarse dormido en la guardia”, en fin; o en actividades que corrijan el error: “otro día de cocina por hacer incomible los alimentos”, “tres días seguidos de lavado de platos por no haberlos limpiado correctamente cuando tocaba”, etc.; o llamados de atención públicos dentro del grupo por ser reiterativo en la “falta”. Si bien distan de las experiencias tortuosas que se practicaron en las OPM que antecedieron al AVC y de las que poco se sabe, son manifestaciones de cómo se miraba a la sociedad y qué tipo de cambios se quisieron inculcar en la lucha revolucionaria.

Resulta oportuno mencionar, en este momento, el cuestionamiento que plantea Guha con respecto a la historiografía de la India, la que ha jerarquizado ciertas contradicciones, sobre las cuales se ha escrito y estudiado la historia de ese país. Este autor analiza que el hecho colonial de Gran Bretaña fue de dominación, mas no de hegemonía. Es decir, el transportar a un medio distinto los análisis del capital crearon una versión ajena a lo que sucedía en la India. Que Gran Bretaña haya colonizado esa región no implica que su modelo de contradicciones, en torno a la revolución industrial, se legitimen en consenso en las nuevas relaciones de subordinación. Esta narrativa descalificó otras contradicciones significativas por no encajar en su visión prefigurada (2002).

Contradicciones de poder que se simplifican en exceso, al reducir las en una singularidad arbitraria que descalifican otros conflictos como el de género, o de la diferencia cultural, o de generaciones, entre otros, que son significativos en las relaciones hegemónicas.

La descalificación que aduce Guha sobre la historiografía tampoco está exenta en los relatos de los olvidados; es decir, la falta de una historiografía sobre el AVC no deja de lado que se reproduzcan amnesias en un trabajo de memoria sobre el movimiento, incluyendo este ensayo. Lo que no sólo habla de la estrecha relación entre recuerdo y olvido, sino de la parcialidad con la que se aborda un estudio sobre el pasado. Lo que resulta una autocrítica, pero más define la finitud del carácter de un trabajo de memoria.

### ***La voz del estratega: de la lucha callejera a la guerrilla***

La imagen de Fausto Basantes tiene mucho que ver con la lógica de una izquierda que miró el éxito del proceso insurgente en la capacidad de organización de la población. El nivel de estructuración y movilidad de la masa en función de responder oportuna y adecuadamente a las estrategias del “enemigo”, serían las que garantizaran un ascenso de la lucha revolucionaria y, por tanto, la toma del poder para transformar las condiciones de inequidad. Lógica que implicó un trabajo de permanente formación en el campo ideológico, político y militar, entendiéndose éste último como el disciplinamiento en torno a las prácticas de protesta, boicot al sistema productivo y enfrentamiento armado. Conocer del “enemigo” sus tácticas y estrategias también fue parte importante de las premisas del aprendizaje.



El antecedente político de Basantes fue el MIR, al igual que el de Ricardo Merino. El nivel de lealtad entre estos dos líderes fue muy grande, pero se fracturó a partir de la configuración del AVC. El primero se vinculó más estrechamente a las políticas de espectacularidad y acciones de propaganda armada permanentes, el segundo tomó distancia. Una vez que asesinaron a Basantes, en un montaje de enfrentamiento cerca al aeropuerto de Quito, en enero de 1986, prácticamente quedaron anuladas las posibilidades de engranar las relaciones con el sector de Merino.

Fausto Basantes fue valorado dentro del AVC como un estratega militar, tanto porque fue uno de los promotores más insistentes de las escuelas de formación político militar, sea en el área urbana o la rural, cuanto porque la mayoría de las acciones que coordinó fueron exitosas. Criticó los errores que llevaron a detenciones y muerte de los militantes, e insistió mucho en una planificación y coordinación minuciosa previa a cualquier acción.

La instrucción que cultivó el número dos del AVC fue insistente en reconocer a un “enemigo” que está “preparado, disciplinado y bien dotado de medios y recursos”, lo que “nos queda por reto y exigencia el redoblarnos en la planificación, ejecución y balance de nuestras operaciones”, escribió en el penal García Moreno, luego de ser trasladado de Esmeraldas, donde lo detuvieron en 1983. Entonces trabajó en una incipiente producción letrada que dedicó a la militancia. En sus cartas definió, de manera muy estructurada, su visión táctica para emprender acciones que dinamicen el escenario de conflicto un función de lograr objetivos de mayor dimensión, en el plano de la organización popular y de la futura guerra (Basantes, 1986).

Sobre la lucha callejera escribió un manual, en el cual reconoce un desgaste de las movilizaciones de protesta impulsadas por los movimientos de trabajadores y de

estudiantes. Cree que se deben dar saltos “que nos permitan cada vez más profundizar nuestro accionar revolucionario”, y plantea hacer de la “lucha callejera” una táctica para el enfrentamiento antes que de propaganda. “Hablar de un carácter de enfrentamiento en la lucha callejera o en movilización supone de hecho niveles de autodefensa y agresividad, de defensa y ataque. En este sentido va descubriéndose el carácter militar de la lucha de masas” (31).

Con ese objetivo define la manera de organizar una marcha pacífica, un desfile, un mitin relámpago, una movilización y el sentido que cada una de estas expresiones de protesta tendría en la perspectiva de un proyecto armado. Es más extenso y detallado en los lineamientos para conformar la estructura del núcleo revolucionario. Y, advierte, que una vez con militantes adiestrados en la planificación, cumplimiento y garantía de seguridad, entonces no habrá organización con espontaneísmos que desgasten la lucha social y sean débiles ante la represión.

Basantes idealiza a los “sectores populares” con facultades logísticas, capacidad combativa y desplazamiento efectivo en un escenario de confrontación total contra “las fuerzas del orden”. Este discurso cultivado desde que fue estudiante de colegio, en donde llegó a presidir la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE), en 1978. Eran épocas en las que las organizaciones sociales estaban presididas, generalmente, por militantes de una u otra OPM. Es decir, movimientos en los que había una doble postura; por un lado, se planteaba públicamente una lucha política dentro del ámbito institucional, pero, por otro, se conspiraba para la revolución insurreccional. Basantes, en sus cartas, no hace sino reivindicar la segunda postura de la OPM a la que pertenecía previo a su vinculación con el AVC.

Su afán de disciplina, previsión y organización parece que quisieran dar una especie de golpe de mano, contundente y sorpresivo para la toma de poder. ¿Un

ánimo que pretende el menor costo en vidas de una guerra anunciada?, ¿o una visión idealizada de una realidad imposible?, ¿o una actitud defensiva ante un panorama de temor por la represión que vivían los movimientos sociales permanentemente? Especulaciones que convergieron en un AVC e hicieron de Basantes un líder que infundió confianza en una organización que poco sabía de la lucha armada.

Aquello con lo que fue estricto, paradójicamente, lo cegó en lo referente a excesos de confianza. Mientras cumplía un automático<sup>54</sup> previsto, los dos ancianos que le vendieron una gaseosa se quedaron en shock al mirar cómo lo arrinconaron en la pared afuera de la tienda y lo acribillaron con más de 40 tiros. Lo abalearon incluso cuando su cuerpo estaba desparramado en la acera. Inmediatamente, un carro cisterna de la policía (trucutú) limpió con chorros de agua la sangre y otros se llevaron el cadáver a la morgue.

Exceso de confianza porque conocía del riesgo que implicaba aquella cita, se sabía que *Fernando*, quien debía acudir al automático con Basantes, no aparecía algunos días y se sospechaba que lo habían detenido por su participación en un operativo fallido previamente. La amistad entre estos dos alfaristas pesó más, y el dirigente decidió cumplir con el punto de encuentro. Efectivamente, *Fernando* había sido apresado y delató a Basantes a cambio de su libertad. En ese mismo día, el comandante *Julio*, o *Mi coronel*, como se lo conocía internamente, en las primeras horas de la mañana suspendió la *toma* del Barrio Quito Sur, que se la iba hacer con el fin de impulsar en la población de dicho barrio un ánimo rebelde, ese día había organizado un evento en el cual la *alfarada* se aprovecharía para repartir alimentos

---

<sup>54</sup> Un “automático” correspondía a un punto de encuentro de emergencia que se mantenía entre dos miembros del AVC, sólo los dos conocían el lugar, el día y la hora en que debían acudir para volverse a encontrar y mantenerse conectados.

tomados de un ENPROVIT,<sup>55</sup> al estilo Robin Hood, y doblegar a los policías del retén policial mientras se hacía propaganda armada. La suspensión la justificó porque un arma se encasquilló previa a la salida al operativo. Cerca del medio día, fue a la cita en que lo celaron.

Esta anécdota evidencia la doble cara de la *lealtad*, quien guarda un secreto es quien puede darlo a conocer, ante lo cual las medidas de seguridad para proteger la clandestinidad son siempre vulnerables.

Basantes había sido detenido siendo dirigente del AVC por dos ocasiones; para enero de 1986, su rostro, junto al de Arturo Jarrín, Hamet Vásconez, Edgar Frías y Justina Casco, era exhibido en afiches que promocionaban una recompensa de cinco millones de sucres por dar información que permitiera su captura, vivo o muerto.

### ***La voz popular, paternalista y endeble***

Los liderazgos antes mencionados construyeron rápidamente un mito dentro de la joven organización guerrillera. Sus rasgos personales se vaciaron de significado para volverse a llenar de otros nuevos en torno a la idea de una voluntad imbatible, que se sobredimensionó a partir de una dinámica de operativos exitosos. Al finalizar el segundo año de vida pública, el AVC irrumpió con acciones imaginativas y audaces que impactaron ampliamente. Entre ellas, la *toma* del diario *Hoy* que difundió masivamente una proclama por la unidad popular antioligárquica, en las dos páginas centrales de la sección principal (3 de noviembre de 1984). Cuatro meses más tarde se tomaron las armas del rastrillo de la policía, conjuntamente con el M-19, burlándose de la prepotencia del gobierno (11 de marzo de 1985); y el 20 de abril del mismo año se dio la fuga de los detenidos del penal García Moreno, a través de un largo túnel que

---

<sup>55</sup> La Empresa Nacional de Productos Vitales (ENPROVIT) fue una propuesta estatal de expendio de alimentos y productos de la canasta básica a precios más bajos, y tenía sucursales en barrios populares.

abrió un boquete en el lugar preciso dentro del panóptico para que los guerrilleros fuguen. Una acción limpia y oportuna: precisamente, semanas antes, fue detenido el número tres en la jerarquía del AVC, Hamet Vásconez, y ante lo cual el secretario de la Administración, Jofrey Torbay, anunció acabar con la subversión igual que a los pavos: “a la víspera”. Vásconez, Arturo Jarrín, Manuel Cerón y Rubén Ramírez salieron por el túnel. La consigna dejada al final del túnel decía: “Torbay, se te fueron los pavos”.

La heroicidad y la seriedad tomaron rasgos de invencibilidad.

Cuando fue detenido Pedro Moncada, cuarto en la dirección del movimiento, en marzo de 1986, se conoce otro tipo de liderazgo, por decirlo, más terrenal, más típico. Popular, de lenguaje sencillo y vulgar, paternalista, protector, hablador, pícaro, astuto, sensiblero, romántico y pasillero. Moncada representó lo más cercano a un auténtico líder populista, aunque no autoritario, dentro del AVC. Mientras más común se mostró, mejor se sintió.

El mito de los *líderes históricos* del movimiento se enriqueció con su interlocución. En la cárcel no sólo fue un personaje y líder de la alfarada, lo fue del penal. Amigos de él fueron “contumaces delincuentes” que lo buscaron para jugar, conversar o pedirle un consejo, gente como el Loco Fredy, el Mono Simón, el Negro Alirio, el Ronco Rea –caporal del calabozo–, el colombiano Aguilar, o el jefe de guías Carrasco, el teniente López –jefe de la guardia policial en el penal–, en fin, mucha gente lo iba a buscar a su celda y encontraba en él respeto y diálogo, sea para armar un partido de fútbol, conspirar una fuga, consultar qué se hace cuando se tiene una gonorrea, contar cómo le mataron a su amigo, o para negociar algún pedido de los detenidos del penal.

Obviamente, no hay documento escrito por él, menos en la cárcel. La escritura no fue parte de su rol como guía y conductor de la revolución ecuatoriana. La palabra y la acción fueron sus registros. En las entrevistas que dio dentro del penal testimonió el proceso en el que se configuró el AVC. Su relato enriqueció con muchos datos y contextos sobre el cómo se fue haciendo un proyecto insurgente que terminó llamándose *Alfaro Vive Carajo*.<sup>56</sup>

Moncada tenía 32 años cuando lo detuvieron, fue el dirigente de mayor edad dentro del comando central del AVC, pero aquello no fue lo que le confirió una valoración paternal dentro del grupo. Su experiencia como líder de la organización lo hizo fuente de consulta permanente para establecer vínculos y reflexiones en torno a las dinámicas del contexto costeño. Su actitud orientadora midió el entusiasmo de los más jóvenes, sobre todo, con respecto al nivel de compromiso de quienes se vinculaban al proyecto en ciernes.

“La primera relación que en Guayaquil tuvimos ese grupo de gente ‘nostálgica’ con Arturo Jarrín, fue a través de unos esmeraldeños que quedaban del chiriboguismo. ‘Los Chapulos’ logran primero una relación con esos elementos que les pintan que hay una organización inmensa en el Ecuador. Ellos siempre han tenido la tendencia a exagerar, lo que había era amistades. Un día llega Arturo Jarrín a una casa en Guayaquil, pensando que allá hay un grupo *venenoso*. La persona con que hablé le dijo que no había ningún grupo. Esa persona me cuenta que Arturo le inspiró confianza” (En Villamizar 1994, 124). De esta manera Moncada explica cómo se vinculó con Jarrín, a finales de 1982.

---

<sup>56</sup> Inicialmente, el nombre con el que se le bautizó a la organización insurgente fue mucho más clásico: Fuerzas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro. Sin embargo, el lema de la Primera Conferencia Nacional del movimiento fue Alfaro Vive Carajo. El uso de esta consigna imprimió su nombre, y, al poco tiempo, todos se refirieron al AVC como la organización rebelde.

La gente “nostálgica” a la que se refirió fue la que había quedado vinculada a Moncada y Edgar Frías, luego de haber protagonizado un intento guerrillero en la provincia del Guayas en la década del 70, como una OPM de tendencia troskista.

Haber mencionado al “chiriboguismo” con cierta ironía implicó cuestionar al cacicazgo de la política ecuatoriana y que se replicaba ortodoxamente en la izquierda revolucionaria, específicamente la vinculada al liderazgo de Jorge Chiriboga del socialismo revolucionario, que en Esmeraldas intentó lo suyo a inicios del 70.

“Los Chapulos”, en cambio, fue la manera en que se autodenominaron quienes habían roto con el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana, para forjar un grupo armado que hacía del *alfarismo* su base ideológica; a él pertenecieron Alejandro Andino, Carmen Loaiza, Kety Erazo, Arturo Jarrín, entre otros.

Su actitud orientadora combinaba con otra amistosa y altiva que ganaba adeptos. Incluso, una vez detenido, mientras lo torturaban, apeló a aquello con los agentes que lo maltrataban. ‘Oiga jefe, ¿le puedo pedir un favor...?’, lo escuché decir. Al rato los policías se lanzaron sobre él a pegarle indiscriminadamente: ‘¡Cuál jefe...!’. Después que se cansaron de pegarle: ‘¿Qué ibas a pedir cabrón...?’. ‘Regálese un poquito de café...’, respondió en el mismo tono, como que no había pasado nada. Y nuevamente se lanzaron a pegarle por ‘alevoso’. Al rato, vino uno de los agentes y le dijo: ‘¡Abre la boca...’. ‘Qué sabroso...’. ‘Aprende a pedir, en otra...’. Escucharlo fue genial, demostró que sabía mantener la iniciativa aunque todo fuera adverso. Debía convencer a los agentes que su nivel de participación era mínimo en el movimiento, y en parte lo logró porque, en caso contrario, lo hubieran desaparecido o matado.

Una vez que nos trasladaron, a seis de nosotros, del SIC-P al penal García Moreno, nos sacaron las esposas y las vendas de los ojos en una sala amplia, de piso

de madera y paredes altas. Era de noche. Tal fue nuestro deterioro con el que llegamos, que los mismos *guías*<sup>57</sup> nos dijeron en tono compasivo que allí ya no nos iban a maltratar. Tomaron nuestros datos personales y huellas dactilares porque ninguno de nosotros podía firmar el documento de “ingreso”.

Cuando quedamos solos encerrados en una celda de dos por tres metros, por otros dos y medio de alto, de piso de tierra, dentro de los calabozos del penal, Moncada nos pidió, en voz muy baja, que permanezcamos de pie por un momento y lo escuchemos: “Compañeros, intentemos descansar un poco, todos estamos muy maltratados, pero ya nos recuperaremos pues hemos salido vivos y eso es bueno. Recordemos que la historia está llena de estos golpes contra quienes hemos optado por la dignidad, a veces nos va bien, otras mal. Como algunos dicen, hemos perdido una batalla pero no la guerra. Este lugar no dejará de ser una nueva trinchera para los alfaros...”. Estas pueden haber sido sus palabras, cuando irrumpió en la oscuridad y el silencio de ese lugar. Teníamos partida el alma y parecía imposible que alguien de nosotros se atreviera a hablar, a decir algo con altivez. Desde ese instante la idea del colectivo resurgió, la voluntad de integrar lo que se había destartado durante los seis días de torturas, tomó un nuevo aliento. Cada uno se acomodó en su medio metro de terreno y se lanzó sobre el piso de tierra para intentar conciliar el sueño.

Moncada imprimió con mayor fuerza, un discurso de *lealtad*, en el que la solidaridad y la amistad se tradujo en actitudes “comprensivas” de los aciertos y desaciertos de las políticas y las prácticas que emprendían los miembros del AVC. El parámetro reflexivo y crítico en torno a las consecuencias que produjo una u otra acción, se tornó débil. Gran parte de los detenidos del AVC, a partir de 1987, fueron consecuencia de una falta de dirección y criticidad, por lo que unos y otros militantes

---

<sup>57</sup> *Guías* se llaman a los guardias penitenciarios.



optaron por atribuirse decisiones como lo sucedido con respecto a los atentados que se hicieron en contra de la policía en marzo de 1987, o las prácticas de quienes regresaron de Colombia que resultó una desbandada generalizada. Actos sin inventario mayor y actitud en la que confluimos, por lo general, tanto los que quedaban vivos desde los inicios del AVC como los que militamos posteriormente. La amistad y la solidaridad se generalizó, y el momento en que se desarticuló el movimiento aquello definió en las nuevas estructuras. Pues quienes quisieron atribuirse jerarquías fueron dejados de lado por un colectivo familiarizado, sin que los casos hayan merecido discusión mayor, sea para sentar antecedentes de una posición oficial al respecto o para discutir lo que estaba en disputa; o, antes quienes disintieron, desde otras posturas políticas, fueron estigmatizados como una regresión al pasado de “discusiones bizantinas”, propias de la izquierda marxista, sin atender el significado como interpelación a una falta de dirección política.

### *La voz reflexiva*

En un documento de 16 páginas, Juan Cuvi expuso su alegato frente a los tribunales judiciales en la sesión plenaria, previa a una sentencia procesal que lo acusó de participar en el plagio al banquero Naím Isaías, ocurrido en agosto de 1985. Dicha audiencia se dio en marzo de 1989, cuatro años y medio después. Rodrigo Borja iba a mitad de su segundo año de gobierno.

Resulta claro ver en el manifiesto, una reivindicación del carácter político del AVC, contrastándolo con la imagen delincuencia y terrorista que se posicionó durante el gobierno de Febres Cordero. Con plena intención de legitimar al movimiento como un actor más de la historia que apareció cuando la violencia de quien gobernó, arremetió contra un pueblo oprimido.

Para tal propósito, recordó a los magistrados los hechos históricos del Ecuador que han concitado a la rebeldía popular, y enfocó la misma actitud del AVC contra la política dictatorial de Febres Cordero, que empañó toda posible aclaración en torno al secuestro y muerte del empresario, con la presión y amenaza sobre los medios de comunicación, en función de atribuirles un rol netamente repetidor de la versión oficial de los hechos. Además, remarcó en que aquella actitud represiva desde el Estado violentó todo procedimiento constitucional con el fin de escandalizar y sobredimensionar las secuelas de la subversión, y justificar así la mano dura de su política contra la oposición.

“Como grandes fariseos los opresores se rasgan las vestiduras y se lamentan a gritos por esta pobre isla e paz que, por obra y gracia de AVC, ha visto mancillada su inocencia a manos de la violencia. ¡Pobre país que en su franciscana pureza jamás había ensuciado sus ojos con la abominable visión de este terrible mal! He ahí los hipócritas lamentos de quienes hicieron de la agresión su norma de conducta” (5). Increpa con fuerza y dignidad por pertenecer a un AVC que se burla de la doble moral de un gobierno tirano.

Sus palabras se alinean con un discurso anti dictatorial con el cual, gran parte de los movimientos alzados en armas, argumentaron su presencia; vale recordar que las dos revoluciones triunfantes en América Latina lograron canalizar la protesta en contra de dos dictaduras militares, la de Batista en Cuba y la de Somoza en Nicaragua. En los 80 impugnar desde la rebelión armada a los regímenes democráticos por sus prácticas dictatoriales, implicó ubicar en dónde estuvo la responsabilidad de la confrontación. Y lo recalca aún más: “Es importante señalar que la mayoría de militantes de AVC que decidimos empuñar las armas habíamos previamente participado en actividades políticas legales, como miembros de

agrupaciones sociales o partidos políticos. Pero comprobamos con desaliento y frustración que la actividad política legal en este país tiene límites impuestos por los poderosos que no pueden ser transgredidos por el pueblo” (6).

Compartir la responsabilidad de la violencia desatada no fue un rasgo de las insurgencias sino hasta cuando llegaron los procesos de negociación y entrega de armas, asumidos como gestos de *generosidad* ante la perspectiva de guerras interminables, entre otros factores relacionados con la geopolítica de *la caída del muro de Berlín*. El AVC repitió ese gesto tomado por el M-19 y el FMLN previamente.

Para el AVC no hubo un *mea culpa*, más bien enalteció su posición de dignidad al rebelarse. Cuvi alentó un orgullo ganado con protesta, convicción e ilusión. Desplazó los tonos de advertencia y confrontación inicial, en uno reflexivo que interpretó los nuevos contextos de la historia. Su voz representó la voluntad negociadora de un AVC que hizo eco de una política de concertación y diálogo, impulsada no sólo desde el gobierno socialdemócrata de Borja, sino, sobre todo, desde la sociedad; dos meses después de este alegato se dio el primer levantamiento indígena.

Negar la responsabilidad del AVC en la violencia durante los 80, como también el circunscribir las razones políticas del accionar del AVC en función del gobierno de Febres Cordero, netamente, replicó la idea de un pueblo oprimido por una elite que ha hecho y deshecho los destinos de una sociedad, de tal manera que las expectativas transformadoras se han dedicado permanentemente a buscar nuevos grupos de poder. La visión de un pueblo pasivo, que a lo mucho ha reaccionado en situaciones radicales, resultó limitada, pues la claridad del discurso negociador reconoció a medias el problema de la sociedad ecuatoriana que *maldice* de su

condición mestiza. Lo cual no se reduce a un problema de elites. De hecho, mientras el AVC concertó, el conflicto étnico resurgió con la emergencia indígena.

Este aspecto que también ayuda a explicar la transitoriedad del AVC como una antesala del movimiento indígena, no sólo porque el estigma del terrorismo se sobrepuso a otros sino, también, porque incidió en la construcción de una coyuntura de terror, que luego se modificó a una de paz y diálogo, de tal manera, que en las movilizaciones indígenas la represión ya no fue generalizada ni temeraria, es más se abrieron escenarios estatales para tratar la segregación étnica. Por otro lado, el AVC demostró que los nuevos protagonistas de la protesta ya no necesitaron converger en la “contradicción fundamental” de la lucha de clases para que tengan legitimidad, trascendencia e impacto. Los sectores indígenas organizados lograron adherencias de otros sectores menos o nada organizados.

### *Victimizados e idealizados*

La cárcel mostró las arbitrariedades de un sistema jurídico punitivo plenamente identificado y dependiente de las políticas del Ejecutivo. Característica que también corresponde al poder Legislativo, pero es lo menos evidente en este trabajo porque requiere de una investigación más minuciosa con respecto a la conformación de los bloques parlamentarios y cómo estos dispusieron la composición de las salas y cortes judiciales.

Los presos políticos desplegaron una actividad permanente dentro de las prisiones para diferenciarse de los otros detenidos y posicionar su accionar como una protesta social. Cotidianamente mantuvieron una dinámica de trabajo, disciplina y formación que irradió en las prácticas dentro de los reclusorios. Además, la

conspiración en contra de las elites fue parte del día a día, pues para lograr una convocatoria y movilización requirió de mucho esfuerzo y trabajo político.

El establecer un horario de actividades para realizar ejercicio, aseo, trabajo, cocina, discusión, formación y juego, ayudó tanto para ocupar las 12 horas en las que se abrían las celdas, como para exponer un colectivo organizado y dispuesto a ser un ejemplo de dedicación, disciplina y crítica. Los alfaristas abrieron sus espacios a todo el que quiso incorporarse, asistieron con ayuda médica, educación y propiciaron la organización interna. Los mítines, motines y huelgas de hambre fueron sus recursos más usados para la protesta. La solidaridad que infundieron se expresó de muchas formas.

Los recuerdos, en este sentido, aparecen de forma atropellada, en montonera, y apenas remito algo de lo que vivimos durante los diez días que nos mantuvieron en el calabozo, para dar una idea a los lectores de lo que significó esa generosidad que recibimos por ser *alfaros*. Como la asistencia de la hermana Elsy Monge tomando nuestras denuncias y reclamando por nuestra integridad; o la revisión médica de los personeros del Tribunal de Garantías Constitucionales que registraron las marcas de la tortura para evidenciar las arbitrariedades del proceso judicial; o las medicinas que nos hicieron llegar un grupo de narcos lojanos que se enteraron que entre nosotros estaba un coterráneo suyo herido; o la instalación de luz que nos pusieron Borongo y Masías, detenidos por robo y asesinato respectivamente, desde su celda tres pisos más arriba de nosotros; o la comida, cobijas y ciertos juegos para matar el tiempo que todos los días nos enviaron amigos y familiares; o el detalle de un guía de apellido Jimbo, que nos sacó a bañar al séptimo día de permanecer encerrados día y noche, a nombre de que nuestro compañero de apellido Jumbo seguramente era su pariente; o la vigilia de Cocoliso y Serbio, amigos de los compañeros detenidos, que cuidaron de

nosotros para que no nos agredan otros presos por la ventana enrejada que daba a uno de los patios; o las visitas de nuestros familiares, que en los diez minutos que los vimos, nos dejaron su calor, lágrimas y mucho apoyo; o el acolite del Loco Fredy que cuando lo metieron al calabozo puso por unos minutos su equipo de sonido junto a nuestra puerta para que los *alfaros* escuchemos un poco de música. Anécdotas que dan sentido a la ayuda que recibimos por pertenecer a una alfarada, aunque sería absurdo generalizar la experiencia referida.

La solidaridad con los presos también se registró en la prensa, aunque muy poco.

Simón Espinosa tituló su editorial “Las jaulas de la venganza” (1987), para referirse a las condiciones en que estuvieron los detenidos del AVC en la Penitenciaría del Litoral en Guayaquil. En él se hizo eco de la huelga de hambre que por más de un mes se mantuvo para exigir que se cambien las condiciones del encierro de los 19 alfaristas detenidos allí. Dos jaulas de unos treinta metros cuadrados les impedía tomar sol, salir a los patios, hacer ejercicio, realizar un trabajo, leer un periódico, tener una visita por más de cinco minutos, usar el baño sin estar a la vista de todos, aislados y expuestos por más de dos años.

El texto de Espinosa abrió un silencio en la opinión nacional que rompió el miedo con que el régimen de Febres Cordero doblegó a la prensa.

Pancho Jaime, editor de la revista *Censura* –publicación que circuló en Guayaquil con denuncias y “frases al rojo vivo”–,<sup>58</sup> fue el periodista que más escribió

---

<sup>58</sup> Francisco Jaime Orellana, Pancho Jaime, escribió su testimonio sobre su estadía en la Penitenciaría del Litoral, titulada *Otra obra de León. Pancho Jaime tiene razón pero va preso. Gobernación del Guayas*. La publicó en un libro que dedicó a su hija Cynthia. No tiene fecha de edición pero salió a la venta en 1987 a través de voceadores de la calle, como solían salir los ejemplares de la revista *Censura*. Pancho Jaime fue un perseguido permanente de los sectores vinculados al PSC. Cuando Jaime Nebot estuvo de gobernador del Guayas, en las dependencias de la Gobernación lo maltrataron a golpes por varias ocasiones, incluso en una de ellas le hicieron comer su pelo, que lo tenía largo al estilo rockero. Por lo general lo encarcelaron por inferir “epítetos denigrantes contra varias personas”. En noviembre

sobre los AVC, al compartir con ellos la celda denominada “cuarentena”, en la Penitenciaría del Litoral, donde aislaban a los detenidos a manera de castigo. En las diez páginas que dedicó a los AVC criticó lo que se decía de ellos en la “prensa amarilla sensacionalista que los hace aparecer como delincuentes de la peor clase, ignorantes, estúpidos, gente de baja calaña, criminales y un montón de palabrerías...” (90). “Los Alfaro Vive Carajo son todos personas con muy buena educación, bien preparados mentalmente y físicamente, su trabajo es incesante, global y disciplinado, creen que es hora de la Liberación de la Patria y fin de la opresión, ya que este gobierno del señor Febres Cordero, es copia del opresor gobierno de García Moreno. Los Alfaros piensan que el pueblo no ha podido satisfacer todas las necesidades, porque no ha tenido el poder en sus manos” (94).

Son páginas en las que recoge el ideario alfarista, describe las condiciones infrahumanas de las dos jaulas, una para hombres frente a otra para mujeres, y se pronuncia respetuoso de los ideales de los alfaros, “si es que de veras lo van a poner en práctica”. El relato no deja de ser aclaratorio de la condición de Pancho Jaime con respecto a la venganza permanente que le propinó Febres Cordero, por decir sus verdades en *Censura*. “Porqué no dicen que Yo formo parte de la banda paramilitar de la gobernación GARCIA MORENO TAMBIEN VIVE CHUCHA, porque conozco a la mayoría, con la diferencia que los muchachos de los Alfaro que conozco, rodaban conmigo hace algunos años atrás de estudiantes, y los miembros de García Moreno también Vive Chucha, siempre fueron delincuentes...” (97).

Se trata de registros que también dicen de los imaginarios que se construyeron en un pasado donde la lucha armada hizo lo suyo y evidenció los rasgos de una sociedad compleja, diversa, arbitraria y muy vulnerable para desatarse en violencia.

---

de 1985 lo condujeron a la Penitenciaría acusado de narcotráfico y salió en libertad un año después. Al poco tiempo lo asesinaron a tiros en una calle de Guayaquil.

## Algunos datos cronológicos de referencia sobre el AVC

- 1981: articulación de quienes configurarán una nueva OPM con carácter anti oligárquica, anti imperialista, alfarista y democrática.
- Enero de 1983: primeras pintas en varias ciudades del Ecuador anuncian la presencia de un nuevo movimiento armado, una de las consignas pintadas dice “Alfaro Vive Carajo”.
- Febrero de 1983: I Conferencia Nacional realizada en un recinto de la Universidad Estatal de Esmeraldas. Allí se decide llamar “Fuerzas Revolucionarias del Pueblo Eloy Alfaro” al movimiento, sin embargo se mantiene la consigna “Alfaro Vive Carajo” como distintivo de toda acción pública. Además, se definen ciertas líneas estratégicas para el accionar y se nombra una dirigencia.
- Mayo de 1983: aparece *Montonera*, órgano oficial del movimiento.
- Julio de 1983: recuperación del busto de Eloy Alfaro del local del Partido Liberal, en Quito.
- Agosto de 1983: recuperación de las espadas de los generales liberales José Montero y Eloy Alfaro del Museo Municipal de Guayaquil.
- Septiembre de 1983: primera rueda de prensa clandestina en las faldas del volcán Pululahua. La opinión pública habla de la existencia de la organización guerrillera Alfaro Vive Carajo, nombre que también internamente fue adoptado; prácticamente, su nombre inicial quedó en actas. Durante este mes 18 alfaristas viajan a Libia a entrenarse militarmente, sumándose a un colectivo que incluyó a miembros de otros movimientos armados de América Latina.



- Octubre de 1983: detención de 15 alfaristas en las montañas de Colope, Esmeraldas, entre ellos Fausto Basantes, número dos en la dirigencia del AVC.
- Junio de 1984: detención de 5 alfaristas a partir del asalto al banco del Pacífico en Quito, entre ellos consta Arturo Jarrín, número uno del AVC.
- Noviembre de 1984: toma del periódico *Hoy*, en Quito.
- Marzo de 1985: sustracción de cientos de armas y miles de proyectiles de municiones de las bodegas del rastrillo de la Policía Nacional.
- Abril de 1985: fuga de los detenidos del AVC del penal García Moreno.
- Agosto de 1985: secuestro al banquero Nahím Isaías, en Guayaquil.
- Noviembre de 1985: II Conferencia Nacional del AVC, en Esmeraldas.
- Diciembre de 1985: conformación de la columna “Luis Vargas Torres”, que, representando al AVC, formó parte del Batallón América junto al M-19 de Colombia y al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru II de Perú.
- Enero de 1986: muere Fausto Basantes.
- Marzo de 1986: detención de 11 alfaristas a partir del asalto a las entidades de los bancos Caja de Crédito y Banco del Pichincha, entre ellos está Pedro Moncada, cuarto en la jerarquía del AVC.
- Septiembre de 1986: muere Hamet Vásconez, número tres del AVC.
- Octubre de 1986: muere Arturo Jarrín.
- Finales de 1987: docenas de militantes del AVC yacen en las cárceles del país.
- Junio de 1988: III Conferencia Nacional del AVC, en Quito.
- Noviembre de 1988: toma del barrio La Ecuatoriana en Quito.
- Marzo de 1989: inicio de negociaciones con el gobierno de Rodrigo Borja.

- Febrero de 1991: entrega de armas en la Plaza de San Francisco ante representantes de la iglesia, del gobierno, del deporte y políticos nacionales e internacionales, aproximadamente cuatro mil espectadores y cerca de doscientos militantes del AVC.
- Durante los 9 años de presencia en el escenario político del país, el AVC desarrolló unas doscientas acciones de propaganda armada (entre tomas de radio, colocación de panfletarias, entregas de alimentos, ruedas de prensa clandestinas, tomas de asambleas, tomas de buses, pintas, campañas de expectativa, etc.) y unas quince de recuperación económica. Más de un centenar de sus militantes fueron apresados y torturados, y más de veinte de ellos fueron muertos y/o desaparecidos, entre hombres y mujeres del AVC. Hechos ocurridos, sobre todo, durante 1985, 1986 y 1987. Fueron cinco los agentes de la policía que murieron consecuencia del accionar del AVC.

## *Conclusiones*

1. El trabajo de memoria sobre el movimiento insurgente Alfaro Vive Carajo y las identidades de pertenencia y permanencia que revela, a más de interpelar a la historiografía ecuatoriana por el olvido intencionado respecto a este tipo de actor social, plantea ampliar el panorama de cómo se mira el pasado, frente a las posibilidades que tiene una narrativa en torno a un *antes* y un *allá*, posibilidades que no sólo dan a conocer aspectos novedosos o desconocidos, sino que deja comprender la complejidad y dinámica de las memorias, ya que éstas están en disputa de sentido, implican la interpretación subjetiva y, si bien el sentido lineal del tiempo está presente, la experiencia se narra desde un *ahora* y *aquí*, en perspectiva de un futuro idealizado. En este sentido, evidencia lo que Elizabeth Jelin trata respecto a un trabajo de memoria *activo*, en el que la experiencia se convierte en un referente para “dar sentido al pasado, interpretándolo y trayéndolo al escenario del drama presente” (2002, 23).
2. Gran parte de los movimientos armados latinoamericanos se rebeló con el fin de que las democracias nacionales sean efectivas, se construyan con toda la visión liberal burguesa, desechando la perspectiva de ser antesala de un proyecto socialista. El AVC fue parte de esta corriente insurgente, lo que plantea mirar al fenómeno de la lucha armada como un discurso de la modernidad. Es decir, la presencia del AVC significó una fractura del *espacio público* de la política ecuatoriana. Este espacio, ocupado por quienes ejercen las formas de la libertad de expresión, de prensa y de asociación, fue cuestionado con la acción armada y apeló a nuevas agendas no consideradas,

pues la discusión no fue abierta ni accesible, y los que deliberaron tampoco lo hicieron como iguales. El haber recurrido a la violencia, o a prácticas fuera de la ley, evidenció la debilidad del sistema. En este sentido, la subversión trató de llenar las fisuras del modelo, ya que propuso la implantación de la democracia. El AVC no fue una alteridad; más bien actuó contra las alteridades generalizadas que la democracia burguesa produjo en contra de su paradigma. Fue un movimiento social más que impugnó las arbitrariedades de un Estado parcializado a específicos intereses.

3. El riesgo de generalizar las insurgencias imposibilita escuchar lo que su presencia específicamente dice en su panorama contextual; por tanto, las contradicciones avivan la violencia en un referente que polariza, antes que canalizar y prevenir su expansión en espirales de terror. En el caso del AVC, aquello significó reforzar las políticas de “oídos sordos” de los gobiernos con respecto a las exigencias de la sociedad civil, lo que llevó a sobredimensionar la protesta y justificar el recrudecimiento de la violencia y el desarrollo de estrategias para reprimir a la oposición.
4. Dar a conocer públicamente la existencia del AVC, como proyecto armado, significó en el Ecuador un giro importante con respecto a otras organizaciones político militares del país, tanto porque fracturó el discurso de la izquierda marxista, desde la misma izquierda, al modificar su retórica de lucha de clases y hacer visible su discurso de lucha armada; como porque se posicionó como *chivo expiatorio*, diferente al de las construcciones xenofóbicas del mestizaje, lo que incidió en el desarrollo de una política de terror desde el Estado, que no sólo estigmatizó a la subversión, sino, también, creó condiciones para que posteriormente se viabilicen políticas de concertación adecuadas para la

articulación de un movimiento ciudadano, del cual sobresalió la emergencia indígena.

5. Si bien los analistas sociales no han mirado a la insurgencia como un actor de la dinámica social ecuatoriana, sus estudios ayudan a esclarecer el contexto de su aparición. Alejandro Moreano, por ejemplo, explica cómo, a partir de los 60, el Estado ecuatoriano puso énfasis en construir el *contenido* de lo nacional, como parte de los procesos de modernización en la región latinoamericana. Agustín Cueva, complementa aquel panorama, al visualizar los cambios que se producen en la sociedad ecuatoriana como consecuencia de la aplicación de políticas estatales con una perspectiva de desarrollo, afines al discurso cepalino de sustitución de importaciones. La ampliación del sistema educativo a sectores que antes no habían accedido, el auspicio de una reforma agraria que disolvió las llamadas “formas precarias de tenencia de la tierra”, el impulso de planes de modernización del agro, el reconocimiento del voto a los analfabetos, entre otros cambios, no sólo promovieron el proceso de organización y articulación del movimiento indígena sino que también alentaron proceso de urbanización y crecimiento industrial, con las respectivas dinámicas de consumo y migración. En este contexto se genera una transición en la década de los 80, cuando las políticas cepalinas fracasan y el Estado asume un rol minimalista, lo que motiva, en gran parte, la desarticulación del movimiento de trabajadores. Lo que plantea un antecedente que explica la presencia del AVC en los 80.
6. Al panorama anterior se recuerda el carácter de nuestro mestizaje que “reniega de su híbrida condición”, en palabras de Cueva. Mestizaje que construyó una ambigua escala de valores marcado por un sello de inferioridad de lo indígena.

La doble cara del proceso de ciudadanía desde la República sentó una ley para los indios y otra para los blanco mestizos, lo que Andrés Guerrero definió como *ventriloquía*, por la incapacidad de autorrepresentarse que tenían los ciudadanos étnicos. Que recién en la década de los 60 haya un reconocimiento a los intereses diferenciados de los pueblos indígenas, no sólo con relación a la producción y accesibilidad a bienes y servicios, sino, sobre todo, culturales, deja ver que el estigma de la *barbarie*, signado a lo nativo desde el hecho colonial, confluye en los procesos de modernización que inculca el esquema segregante hacia el *comunismo*. Aspectos que inciden cuando aparece el AVC en los 80, desplazando el estigma de la barbarie en contra de la “subversión”, consecuencia de la confrontación armada. La *vulnerabilidad política* durante el gobierno de León Febres Cordero creó condiciones para que la sociedad ecuatoriana apoye políticas encaminadas al diálogo y la concertación. Frente al terror de la violencia convergen las expectativas de negociación y reconocimiento, canalizado a partir del gobierno de Rodrigo Borja, a finales de los 80.

7. La insurgencia del AVC en el Ecuador nació de las tensiones políticas que no pudo contener la institucionalidad; en este sentido, cualquier insurgencia asedia permanentemente. Sin embargo, la especificidad de la presencia del AVC se explica en un proceso de compresión de la alta conflictividad de la sociedad ecuatoriana, retenida durante las dos últimas décadas anteriores a su aparición, con respecto al proyecto revolucionario pendiente, impulsado desde la izquierda, y a las políticas de un Estado que reprimió y asistió de manera ambigua. Es decir, un proceso en el que las marcadas diferencias culturales,

socio económicas y políticas no lograron contener la confrontación entre los sectores opuestos.

8. Las prácticas de terror con las que funcionaron los distintos aparatos del Estado, para controlar y castigar a la subversión del AVC, evidenciaron la consistencia de una estructura judicial perversa basada en la flagelación como instrumento de gobierno. La impunidad sobre aquel sistema no sólo dejó ver la debilidad de la institución democrática ecuatoriana, sino su carácter segregante, altamente parcializado y encubridor de abusos. De las aproximadamente cien denuncias por la violación a los derechos humanos, hechas por los miembros del AVC detenidos y los familiares de los militantes asesinados y/o desaparecidos, solamente una de ellas fue canalizada por las autoridades judiciales para sancionar a los responsables, en el caso de la detención, tortura, desaparición y muerte de Consuelo Benavides; caso en el que hubo una sentencia condenatoria a un militar como responsable del hecho, que fugó a las pocas semanas de haber sido recluido. Esta situación ampara a una cultura con ley ambigua y autoritaria.
9. A los grupos alzados en armas usualmente no se los considera como parte de los movimientos sociales. La visión de que son protagonistas que están fuera de toda regla de juego los coloca en un punto de exclusión. El AVC evidencia el carácter netamente intersticial de su presencia en la democracia ecuatoriana, enfrentándose a las elites y gobiernos en demanda de reformas a la política y presentándose como una alternativa a las prácticas estatistas clientelares y electoreras. Las organizaciones clandestinas no dejan de estar exentas de la lógica de los movimientos sociales, pues la lucha armada no deja de

evidenciar las debilidades de la institucionalidad al no poder contener la violencia social.

10. La presencia del AVC en la política del Ecuador corresponde a la década de los 80, sin embargo, su incidencia se mantiene viva en la memoria de mucha gente, en la imagen del liderazgo del Partido Social Cristiano, al marcarlo como arbitrario, prepotente y terrorífico frente a la oposición, carácter que no deja de cifrar al estilo político del PSC. También se hace presente en el discurso de la mayoría de los movimientos de la izquierda marxista que en el pasado sostuvieron una doble cara en su trabajo con la clase trabajadora, por un lado, exigiendo al Estado, por otro, construyendo las condiciones para la revolución armada; el AVC, al evidenciar la inviabilidad de la lucha insurgente, puso en cuestión la revolución pendiente, lo que repercutió en políticas, hasta el presente, que fortalecieron la institucionalidad democrática desde los movimientos sociales, como el indígena, de derechos humanos, de mujeres, ecologistas, demócratas radicales, entre otros espacios a donde se replegó esta izquierda. Esta incidencia no sólo se limita a la política del país, sino a la simbología que infundó el AVC en torno a sus prácticas y liderazgos, respecto a lo que Felipe Burbano de Lara definió de la alfarada como un referente de “pensamiento utópico”, ante el estatismo de las prácticas clientelares y partidistas que se mantienen intransigentes ante las demandas de renovación y dinamismo de las realidades contemporáneas.

11. Que la memoria sea escrita desde la cárcel tiene varios sentidos. La del encierro en que deja el trauma del terror, anclado en un pasado que no tiene relato. La del aislamiento que viven protagonistas que incidieron en la vida



política del país y no tienen un lugar en la memoria. La del fracaso como movimiento social efímero.

12. La narración de este ensayo sobre el AVC reivindica una agenda política propio del testimonio, que Stoll la critica para cuestionar la veracidad del relato, pero que Beverley le da autoridad para argumentar la historia en función de la fuerza que da la proximidad de quien relata, la *voz del enunciado*. Se trata de una agenda política no sólo identificada con el AVC, sino, sobre todo, con la escritura, pues reconoce la finitud y el margen creativo de una narración que pretende la verdad, es decir, su carácter temporal, como lo sostiene Ricoeur. Es una temporalidad que no se reduce a la explicación de los contextos, la linealidad, sobreposición o circularidad del tiempo, y la descripción del contenido, sino que, también, reconoce la interpretación y la metáfora a la que recurre la explicación de la experiencia. Por tanto, el afán de evidenciar y documentar de este texto se ve atravesado permanentemente por el recuerdo, desde el presente, como voz del enunciado. Sujeto y objeto juntos, rasgo propio del arte. El mismo Ricoeur sostendrá la permanente tensión en definir el trayecto paralelo entre ciencia y poesía, historia y ficción. Es decir, una agenda política que se desplaza de la política, para posicionarse en el debate del texto que relativiza la hegemonía del discurso del poder y antepone las posibilidades discursivas.

13. Queda pendiente una historiografía del AVC y la insurgencia en el Ecuador, para conocer sus momentos, su desarrollo, su declinar, su vigencia, su cultura.

## Bibliografía

- Alfaro Vive Carajo. *Mientras haya que hacer, nada hemos hecho*. Ecuador, 1985.
- Andino, Peko. “El prototipo de intelectual está muerto”. En *Ecuador hoy: cien miradas*, Aguirre, Milagros. Quito, FLACSO, El Comercio, 2000.
- Anrup, Roland y Vadales, Carlos. “El padre, la espada y el poder: la imagen de Bolívar en la historia y en la política”. En *Simón Bolívar, 1783 – 1983. Imagen y presencia del libertador en los estudios y documentos suecos*. Estocolmo, Tryakop-Comunidad, 1983.
- Basantes, Fausto. En revista “Qué Puchicas mi país”. No.1. Publicación de Alfaro Vive Carajo, Ecuador, febrero 1986.
- Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*. México, Siglo XXI. 1969.
- Beverley, John. “Introducción”. En *La voz del otro*, Beverley, John y Achúgar, Hugo como editores. Guatemala, Papiro, 2002.
- Burbano de Lara, Felipe. “El futuro de AVC”. Diario *Hoy*. Quito, 27 de febrero de 1991, pág.4A.
- Caballero, Manuel. “Una falsa frontera entre la reforma y la revolución. La lucha armada en Latinoamérica”. En *Nueva Sociedad*, No. 89, Coppal, Venezuela, mayo-junio, 1987.
- Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. I. La sociedad red. México, Siglo XXI, 1999,
- CEDHU. *A mí también me torturaron*. Quito, El Conejo, 1991.
- Colección Historia Nacional. Varios autores. El Comercio-Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador, 2005.

- Cueva, Agustín. *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito, Planeta, 1988.
- De la Torre, Carlos. “Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador”. En *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Ecuador, Nueva Sociedad. 1998.
- Del Pino, Ponciano. “Uchuraccay: Memoria y representación de la violencia política”. En *Jamás tan cerca arremetió lo lejos. Memoria y violencia política en el Perú*. Lima, IEP, 2003.
- Della Porta, Donatella. “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”. En *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Ed. Tejerina Benjamín. 1998.
- Escobar, Arturo. *La invención del tercer Mundo*. Bogotá, Norma, 1996.
- España, Hugo. *El testigo*. Quito, Abya Yala-El Conejo, 1996.
- Espinosa, Simón. “Las jaulas de la venganza”. Diario *Hoy*, pág. 4-A, abril de 1987.
- Estupiñán de Burbano, Patricia. “Recuento del periodo 1979-1990”. En *Nueva Historia del Ecuador. Vol. 11*. Quito, Corporación Editora Nacional-Grijalvo, 1991.
- Fabbri, Paolo. *Tácticas de los signos. Ensayos de semiótica*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Foucault, Michel. *Estrategias de poder. Obras esenciales, Volumen II*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Fraser, Nancy. “Repensar el ámbito público a la crítica de la democracia realmente existente”. En *Debate feminista*, Año 4. Vol.7, marzo, 1993.

- Freud, Sigmund. *Obras completas. Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Girard, René. *El chivo expiatorio*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Guerrero, Andrés. “De sujetos indios a ciudadanos-étnicos: de la manifestación de 1961 al levantamiento indígena de 1990”. En *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*. Lima, IFEAIEP, 1993.
- Guevara, Ernesto. *Obra revolucionaria*. México, Era, 1969.
- Guha, Ranahit. *Las voces de la historia*. Barcelona, Crítica, 2002.
- Harvey Neil, *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*. México, Era, 2000.
- Hurtado, Osvaldo. *Política democrática. Los últimos veinte y cinco años*. Quito, Corporación Editora Nacional-FESO, 1990.
- Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1998.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Lara, Patricia. *Siembra vientos y recogerás tempestades*. Bogotá, Planeta, 1986.
- McAdam, Doug. “Cultura y movimientos sociales”. s/f.
- Moreano, Alejandro. “El sistema político contemporáneo”. En *Nueva Historia del Ecuador. Vol. 11*. Quito, Corporación Editora Nacional-Grijalbo, 1991.
- Núñez, Ricardo. “El desafío democrático y la lucha armada en Chile”. En *Nueva Sociedad*, No. 89, Coppal, Venezuela, mayo-junio, 1987.

- Orellana, Francisco Jaime (Pancho Jaime). *Otra obra de León. Pancho Jaime tiene razón pero va preso. Gobernación del Guayas*, s/f.
- Palermo, Zulma. *Los estudios culturales bajo la lupa: la producción académica en A. Latina*. Franco Porto Alegre, Carvahal, 1999.
- Pizarro, Eduardo. “La guerrilla en Colombia. Balance y perspectivas”. En *Nueva Sociedad*, No. 89, Coppal, Venezuela, mayo-junio, 1987.
- *Qué púchicas mi país*, revista No 1, Ecuador, 1986.
- Rappaport, Joanne. *La política de la memoria: interpretación indígena de la historia en los andes colombianos*. Cali, Universidad del Cauca, 2000.
- Retamar Fernández. “Calibán”. En *Casa de las Américas No.68*, La Habana, 1971.
- Roig, Arturo Andrés. *Rostro y Filosofía de América Latina*. Mendoza, 1993.
- Rico, Maite y De la Grange, Bertrand. “La derrota de los dogmas”. En *Revista Letras Libres*, México, septiembre de 1999.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración I*. México, Siglo XXI, 1995.
- Tapia, Luis. “Movimiento sociales, movimiento societal y los no lugares de la política”. En *Democratizaciones plebeyas*. La Paz, Muela del diablo, 2002.
- Terán, Juan. *AVC, revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa*. Quito, CCE, 1994.
- Touraine, Alain. *Critica de la modernidad*. Madrid, 1992.
- Villamizar, Darío. *Aquel 19 será*. Bogotá, Planeta, 1995.
- Villamizar, Darío. *Insurgencia, democracia y dictadura*. Quito, El Conejo, 1994.
- *Vistazo No 696*, Quito, 1996.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1977.

